

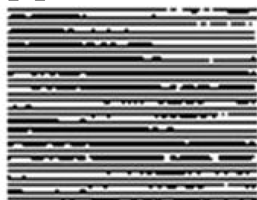
CLARK CARRADOS

EL CABALLERO DE LAS ESTRELLAS

5

SOLO PARA ADULTOS

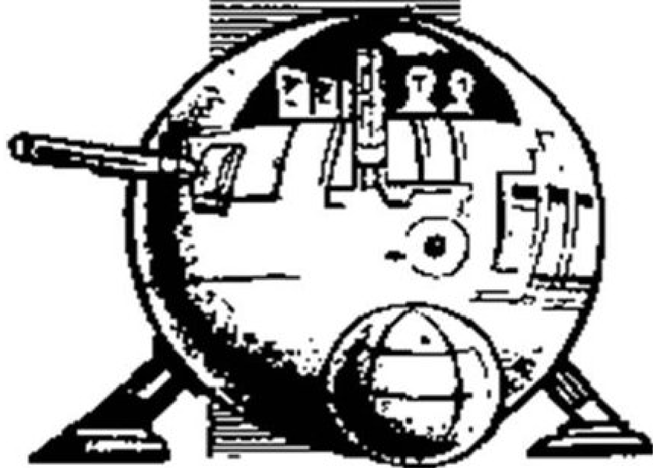
<**s_a_l_t_o***d_e***p_a_g_i_n_a**>



héroes del

ESPACIO





ECSA

<**s_a_l_t_o***d_e***p_a_g_i_n_a**>

ÚLTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

23 - El hormiguero feliz - *Clark Carrados*
24 - Justicia robótica - *Law Space*
25 - Incidente en Tierra Uno - *Eric Sorenssen*
26 - Micronauta - *Curtis Garland*
27 - Todos no somos hormigas - *Law Space*

<**s_a_l_t_o***d_e***p_a_g_i_n_a**>

CLARK CARRADOS

EL CABALLERO DE LAS ESTRELLAS

Colección
HEROES DEL ESPACIO n.° 28
Publicación semanal

<**s_a_l_t_o***d_e***p_a_g_i_n_a**>

EDICIONES CERES, S. A.

AGRAMUNT, 8 - BARCELONA (6)

ISBN 84-85626-56-7

Depósito legal: B. 26.124 - 1980
Impreso en España - Printed in Spain
1.ª edición: octubre, 1980

Esta edición es propiedad de
EDICIONES CERES, S. A
Agramunt, 8
Barcelona - 6

Impreso en los Talleres Gráficos de EBSA
Parets del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1980

CAPÍTULO PRIMERO

Decían que era el último caballero andante pero, naturalmente, no llevaba refulgente armadura, ni usaba ni escudo, ni manejaba la espada. Sus armas eran la inteligencia, la tenacidad y, por supuesto, el valor sin límites, además de la pistola de láser, que sólo utilizaba en muy contadas excepciones y sólo para defender su vida, cuando la situación lo requería de un modo absolutamente irremediable.

En lugar de caballo, empleaba una psiconave, lo que le permitía recorrer distancias inconmensurables en cortísimos espacios de tiempo. Lógicamente, tenía un escudero, pero acorde con la época en que vivía, era un robot. La máquina era perfectísima y tenía figura humana, indistinguible de los auténticos humanos, de tal modo que nadie habría dicho que se trataba de un robot, de no saberlo previamente. Pero todo el mundo lo sabía, porque él no hacía un secreto de este asunto.

El nombre del robot era Jiggs. El nombre del humano era Bertin Bord y tenía un sobrenombre: «El Caballero de las Estrellas». En realidad, el nombre de su profesión era mucho más prosaico: investigador jurado, con licencia del gobierno galáctico.

Y no había muchos que pudieran ostentar semejante título.

* * *

A veces, el caballero andante se tomaba una especie de vacaciones. Como en aquella ocasión, en que estaba empeñado en una descomunal batalla con un colosal dragón.

Bord usaba un arma especial en aquellas circunstancias: una larga pértiga, de unos seis metros, rematada en punta. La punta, en realidad, era una aguja de inyecciones, conectada con un depósito de cincuenta centímetros cúbicos de un potente narcótico. Bord no quería matar al dragón; sólo quería adormecerlo, para apoderarse

entonces de uno de los más preciados trofeos a que podía aspirar todo cazador: el diminuto cuerno que el dragón tenía sobre la mandíbula superior y que parecía hecho de una esmeralda. En realidad, se trataba de materia orgánica, durísima, transparente y de color verde purísimo. Bord no pensaba arrancarlo de raíz; sólo quería cortar diez o doce centímetros, de los quince que tenía el apéndice.

La piel del dragón era durísima, intraspasable para los proyectiles normales. Sólo hubiera podido ser perforada por un antiguo obús de 105 mm. y alta velocidad. La aguja se embotaba una y otra vez en la blindada epidermis del monstruoso ser, semejante en todo a un animal prehistórico terrestre, pero el doble de grande y mucho más ágil que los que habían existido en la Era Secundaria.

Bord trataba de alcanzar la mandíbula inferior, única región sin apenas protección, con una piel casi tan blanda como la suya. El dragón lo sabía y evitaba constantemente los ataques de Bord, mediante bruscos movimientos de su largo cuello o giros imprevistos, en los que empleaba su enorme cola, para rechazar los ataques del ser que, a su lado, parecía un pigmeo.

De repente, el dragón se inmovilizó.

—¿Por qué diablos me atacas? ¿Qué daño te he hecho yo?

Bord se quedó estupefacto.

—Eres un ser inteligente —dijo.

—Me maravilla que no hayas sabido verlo. ¿Por qué crees que estás aún con vida? ¿Piensas que eres enemigo para mí?

—Tienes una figura...

—Ya lo sé. A veinte kilómetros hay un risco que cae a plomo sobre un estanque de aguas muy tranquilas. A veces, me miro en ese espejo natural. También veo a otros congéneres. Pero me parece que la forma no tiene que ver nada con la inteligencia. ¿O sí?

Bord captó la nota irónica que latía en la voz del dragón y trató de disculparse.

—Lo siento. Debo ofrecerte mis excusas y hacerte saber que, de todas formas, en ningún momento pensé en matarte. Sólo quería adormecerte, para quitarte el cuerno verde.

—¿Con qué objeto?

—Es un trofeo muy apreciado entre los seres que tienen mi

figura. Quería ofrecérselo a... a otro ser de mi especie.

—¿Es un rito?

—Algo por el estilo —sonrió Bord—. Cuando uno de nosotros siente que está enamorado de una hembra de su especie, le hace regalos, para conseguir su benevolencia y su afecto.

Bruscamente las patas del dragón se doblaron.

—Anda, corta un trozo —invitó.

Bord volvió a sentirse atónito.

—¿No lo sentirás?

—Descuida. Te lo mereces, aunque sólo sea por lo que me he divertido, viéndote dar saltitos a mi alrededor, con ese palito... ¡En mi vida me había reído tanto!

—Parece que he estado haciendo el ridículo —dijo Bord.

—Si consigues lo que buscas, no lo habrás hecho.

Bord asintió. Dejó la pértiga a un lado y trepó por el cuello del monstruo, hasta sentarse a horcajadas sobre su cabeza. Luego, con una diminuta sierra eléctrica, cortó nueve centímetros del preciado trofeo.

—Volverá a crecerme —dijo el monstruo.

Bord saltó al suelo.

—Te doy las gracias. ¿Puedo hacer algo por ti, dentro de la modestia de mi figura?

—Ven a verme algún día.

—Sí, volveré.

Bord hizo saltar en la mano el trozo de cuerno. Por lo que sabía, no había más de media docena de personas que hubiesen conseguido un trofeo tan valioso. Algunos habían empleado auténticos cañones para matar a la presa, pero el trofeo conseguido así carecía de valor. Era preciso luchar con armas mucho menos poderosas y entonces el cuerno esmeraldino tenía verdadero mérito.

—Me siento muy contento de haberte conocido —dijo Bord—. ¡Hasta la vista!

—¡Adiós! —contestó el monstruo.

Bord regresó a su nave. Jiggs esperaba en la puerta.

—Ha conseguido el trofeo señor —dijo el robot.

—Sí.

—Elia se pondrá muy contenta cuando lo cuelgue de su cuello y lo luzca sobre su pecho.

—Eso espero —sonrió Bord, pensando, precisamente, en la región anatómica que el robot acababa de mencionar.

Entró en la nave y se situó ante el puesto del piloto. Se colocó el casco que conectaría su mente con la unidad psicomotriz, revisó los instrumentos y luego movió la palanca que accionaba la unidad de energía. Inmediatamente pensó: «¡A casa!»

La nave estaba programada para responder a semejante pensamiento. Diez minutos más tarde, Bord aterrizaba en el jardín de su residencia, a cincuenta y cuatro años luz del mundo donde había buscado el cuerno de esmeralda.

* * *

Los asistentes a la reunión eran siete, cuatro hombres y tres mujeres, de diversas edades, aunque predominaba la madurez en todos ellos. Sin embargo, no había ninguno que pudiera calificarse de viejo.

Todos vestían sencillamente. Las túnicas eran de colores suaves. Apenas se veían joyas en su indumentaria, excepto un curioso medallón, pendiente del cuello, de unos diez centímetros de diámetro, en el que había grabado una extraña figura: siete brazos humanos, que partían de un diamante de siete facetas. Las manos de aquellos brazos tenían solamente dos dedos desplegados en V, una antiquísima señal de victoria.

Las siete personas estaban congregadas en torno a una mesa circular, en cuyo centro había una reproducción del emblema de los siete brazos. La mesa era de ébano y el dibujo estaba hecho en marfil incrustado en la madera preciosa, con los contornos de filetes de oro puro.

Uno de los reunidos, hombre de unos cincuenta años, con el pelo cortado a cepillo, ya entrecano, pero todavía áspero y espeso, levantó la mano y tomó la palabra:

—Amigos, me congratulo de reunirme de nuevo con vosotros en nuestro cuartel general secreto. Veo rostros rebosantes de satisfacción y debo deducir, por tanto, que los asuntos de la «Sibra» marchan estupendamente. En verdad, no podemos quejarnos...

Otro de los congregados levantó también la mano.

—Consejero Durmo te ruego me disculpes la interrupción y permíteme que te diga que por los asuntos de la «Sibra» no merecía la pena convocar esta reunión. Indudablemente sucede algo y te

ruego lo digas a la mayor brevedad posible.

—Tienes razón, consejero Twork —contestó Durmo—. Y puesto que tú mismo has suscitado el tema, voy a exponerlo de la forma más breve posible. En dos palabras: quieren asesinarnos.

Una de las mujeres soltó una risita.

—Es una noticia vieja —calificó.

—Casi a diario tenemos que soportar atentados contra nosotros —dijo otro.

—Hasta ahora, nuestra protección es de una eficacia absoluta —agregó un tercero.

—Somos totalmente invulnerables —dijo otra de las mujeres.

—Alguna vez tenía que fallar el sistema de protección —contestó Durmo muy seriamente—. Mis informes, aunque incompletos, me dicen que el próximo atentado podría tener éxito...

—El consejero Durmo tiene toda la razón del mundo.

Hubo una explosión general de voces de asombro. Durmo, en pie, miró atónito a todos los lados.

—¿De dónde ha salido esa voz? —murmuró—. ¿Quién eres? —exclamó, elevando el tono.

Sonó una risa burlona.

—Me ha llevado años enteros prepararlo —manifestó el desconocido, que hablaba a través de un invisible altoparlante—. Durmo, si conseguiste informes del atentado, fue porque yo dejé que se filtrase la noticia, a fin de conseguir lo más importante: la reunión de los siete directivos que gobiernan la «Sibra», que es tanto como gobernar este sector de la galaxia. A partir de ahora, el dueño de la «Sibra» seré yo.

—¡Tu nombre! —exigió uno de los reunidos a voz en cuello.

El desconocido volvió a reír.

—Estáis en un lugar absolutamente secreto, sólo conocido de vosotros. Nadie, excepto yo, ha conseguido hasta ahora hallar la ubicación de este punto de reuniones. Y, como nadie lo sabe, nadie os encontrará jamás.

Twork se abalanzó hacia la puerta.

—Ahora mismo saldremos de aquí y te daremos tu merecido —rugió.

—Es inútil. Ya dije antes que llevo años preparando este golpe. Todas las salidas están absolutamente bloqueadas, incluso las de

emergencia y, por supuesto, los conductores de aireación.

»Para alejarnos de la curiosidad de las gentes, hicisteis construir un refugio secreto. Los trabajadores fueron sometidos luego a tratamiento mental, a fin de que olvidaran por completo lo que habían hecho.

»Para evitar indiscreciones y sistemas de escucha, el refugio fue construido en lo más profundo de una cueva natural, hallada después de años enteros de investigaciones, y a ochocientos cincuenta metros de la superficie. Aparentemente, era un sistema beneficioso, pero, en realidad, fue el mayor error que pudo cometer el equipo directivo de la «Sibra».

»Porque habéis bajado aquí para esta reunión y ya no volveréis a salir.

Hubo un momento de silencio. Twork, todavía junto a la puerta, la golpeó frenéticamente con los puños.

—¡Abre, maldito! —aulló.

Durmo procuró mantener la serenidad.

—¿Debo deducir, por tanto, que a partir de ahora vas a ser el dueño de la «Sibra»? —preguntó.

—Sí —contestó el desconocido.

—¿Podemos conocer, al menos, tu nombre?

El sujeto lo dijo. Sonaron algunas exclamaciones de asombro.

—Tenía que ser ese traidor... —dijo una de las mujeres.

—Albergamos una víbora en nuestro seno —se quejó otro consejero.

El desconocido lanzó otra carcajada.

—Ya he hablado bastante —dijo—. Ahora sólo me falta deciros adiós.

Un lejano rumor llegó de pronto hasta la sala. Era una especie de trueno, que se propagó por las capas de roca, haciendo vibrar sordamente las paredes de la estancia.

Durmo comprendió en el acto lo que había sucedido.

—¡Voladura! —exclamó.

El trueno amentó de volumen y las sacudidas se acentuaron. Luego poco a poco, volvió el silencio.

Siete pares de ojos, en otros tantos rostros, horriblemente pálidos, se miraron mutuamente. Todos sabían ahora la horrible suerte que les esperaba.

Estaban sepultados bajo miles de toneladas de roca y no podrían salir jamás.

Una mujer se pasó la mano por la garganta. Moriríán después de una espantosa agonía, de hambre y sed...

La luz osciló de pronto y acabó por apagarse. Y la oscuridad vino a unirse al horror de una situación que no tenía salida.

CAPÍTULO II

El cuerno de esmeralda pendía de una cadena de oro. Pero, aquel mismo día, Bord pudo ver que el pecho femenino en donde la joya iba a relucir, estaba siendo acariciado por otras manos.

Los amantes no se dieron cuenta de que habían sido vistos. Discretamente, pero lleno de amargura, Bord se retiró y volvió a su residencia.

Jiggs mostró un discreto asombro.

—El señor regresa muy pronto —dijo.

Bord lanzó la joya sobre una consola.

—Sírveme una copa —pidió—. Ella me engañaba.

—Las mujeres no son de fiar, señor —dijo el robot filosóficamente—. Si el señor me lo permite, le recomiendo tres copas más. Así podrá dormir esta noche sin problemas.

—Eres inapreciable, Jiggs —contestó Bord, sonriendo tristemente—. Sí, seguiré tus consejos.

No fue una borrachera propiamente dicha, pero las cuatro copas ayudaron a que Bord durmiera de un tirón toda la noche. Al despertar, se sintió un poco mejor.

Entonces, una hermosa joven entró en el dormitorio.

—El baño está preparado, señor. Mientras se baña, dispondré lo necesario para el desayuno del señor.

Bord se sentó de golpe en la cama.

—¿Quién es usted? —exclamó—. ¿Qué hace en mi casa?

La bella desconocida era muy rubia y tenía unos preciosos ojos azules. El cuerpo, de formas voluptuosas, estaba cubierto por un sostén negro, con ribetes blancos, y pantaloncitos a juego. Sobre la frente llevaba una minúscula cofia.

—Su nueva sirvienta, señor —contestó—. Mi nombre es Vyra y

estoy enteramente a la disposición del señor —añadió con voz llena de sugerentes entonaciones.

—Vyra, yo no la he contratado a usted —dijo Bord secamente— Haga el favor de marcharse. Y, de paso, llame a mi robot.

—No puedo señor. Yo soy su robot ahora.

—¿Qué? —gritó Bord.

—En efecto, señor. Mi cuerpo y mi mente mecánica son enteramente femeninos, pero el señor no debe tener cuidado alguno; todos los circuitos de conocimiento de Jiggs están ahora en mí.

—*Por* todos los... Pero ¿quién lo ha hecho? ¿Por qué he de tenerte a ti, cuando yo quería a Jiggs? El me conocía a la perfección...

—Y yo también conozco al señor a la perfección, puesto que, como he dicho, tengo los circuitos de Jiggs. En realidad, podría decirse que soy Jiggs, salvo por la figura y la voz, claro.

—Vyra, ¿quién te ha traído a mi casa?

—Lo siento, señor: no tengo esa información en mis circuitos. El agua del baño se le está enfriando, señor. Cuando salga, tendrá preparado el desayuno.

Vyra se alejó, con suave contoneo de caderas bien formadas, aunque artificiales. Gruñendo entre dientes, Bord fue al baño.

Alguien había hecho el cambio mientras dormía. Quizá se trataba de una broma de algún amigo, especuló, mientras se metía en la bañera.

Pero también tenía enemigos. ¿Querían jugarle algo mucho peor que una simple broma?

Interrogar a Vyra no serviría de nada. Cualquier información sobre su origen habría sido borrada de sus circuitos. Por fortuna, hacía ya tiempo que no tenía ningún caso entre manos. De lo contrario, los autores del trueque hubieran podido enterarse de asuntos reservados que a él solamente concernían.

Decidió hacer algunas investigaciones por su cuenta. No consiguió nada.

Durante los días que siguieron, Vyra se mostró atenta y eficiente, anticipándose a sus menores deseos y mostrando que, en efecto, el «trasplante» de circuitos había resultado positivo. Una semana más tarde, Bord, mientras descansaba, contempló un

programa de noticias en la televisión.

El programa tenía un nombre viejísimo, pero todavía muy sugerente: «Telechismes». La locutora, una muchacha preciosa, dio la noticia:

—Tenemos informes de que el nuevo ayudante del famoso investigador jurado, Bertin Bord, es un robot con figura femenina. Por lo visto, Bord, el célebre «Caballero de las Estrellas», ha decidido abandonar en parte su misantropía, cambiando su anterior robot, con figura de hombre, por el actual. Aunque suele ser corriente, no por ello deja de ser también deplorable, sobre todo, si tenemos en cuenta que la perfección de los robots actuales los capacita para el desempeño de cualquier función orgánica humana, salvo, lógicamente, la de la reproducción. Se dice que Bord es un tanto tímido con las mujeres auténticas y que por ello tiene ahora su robot femenino, con lo que podrá disponer del afecto que hasta ahora le ha faltado...

Bord lanzó un rugido de rabia.

Aquella noticia era veneno puro. Sí, había muchos que tenían mujeres mecánicas, pero no estaba bien visto y menos en un hombre como él, de intachable reputación en todos los aspectos. Sería el hazmerreír de las gentes...

La campanilla de la puerta cortó sus amargas reflexiones. Instantes después, Vyra entró en la sala-

—Señor, la señorita D'Hrun desea verle.

* * *

Morwenna D'Hrun era una muchacha muy alta, de piernas largas y espléndidamente conformadas y ojos intensamente negros, como la cabellera que caía suelta sobre sus hombros. Vestía blusa clara y pantalones muy ajustados. Parecía bastante agitada.

—Deseo contratar sus servicios, señor Bord —dijo, sin más preámbulos.

Bord le indicó un sillón.

—Tome asiento, por favor —rogó—. La doncella nos traerá café en seguida. ¿O desea otra bebida?

—Café está bien, gracias.

—Muy bien, puede empezar a hablar —invitó Bord.

—Se trata de un asunto muy grave. Me han robado el diamante mental. Quiero que lo recupere. Por su trabajo, le pagaré un millón de U.G.M., unidades galácticas de moneda, más gastos.

—Bord parpadeó. Vyra entró con la bandeja y la dejó sobre una mesa.

—Un diamante mental —dijo Bord, mientras llenaba las tazas—. Señorita...

—Puede llamarme Morwenna; no me gustan los tratamientos.

—Muy bien. Mi nombre es Bertin —sonrió él—. Pero debe confesarle que, a pesar de haber visto muchas cosas en este mundo, nunca había oído hablar de un diamante mental. ¿Puede explicarme de qué se trata?

—Pertenecía a mi padre. Lo encontró en Kasphur VII hace algunos años. Es una joya de enorme belleza y, durante muchísimo tiempo, lo tuvo como adorno en casa. Un día sin embargo, descubrió que, con la ayuda de la piedra, podía entrar en el pensamiento de cualquiera. Más todavía: podía ver a su través, como si dispusiera de una cámara de televisión, con la ventaja de situarla en el punto que se desee y no importa a la distancia en que se encuentre. Como supongo no ignora, hay telépatas capaces de asombrosas hazañas en este aspecto, pero el diamante supera a todo lo conocido. Teniéndolo en la mano, basta pensar en cualquier cosa, para verla en el acto. Y oír, si se trata de una persona que habla con alguien.

—Me deja usted pasmado, Morwenna —confesó Bord.

—Las imágenes que se reciben a través del diamante, y los sonidos también, pueden ser proyectados en una pantalla normal. Eso hace que su valor sea incalculable.

—No tengo la menor duda —dijo él—. ¿Sospecha de alguien?

Morwenna rió amargamente.

—¿Sospechar? Sé dónde está.

—Bien, dígamelo, por favor.

—¿Ha oído hablar del castillo de Aquileia?

Bord guardó silencio unos instantes.

Luego asintió:

—He oído hablar y también lo he visto. Naturalmente, de lejos.

—Entonces, tendrá que ir allí y recuperar la joya.

—Suponiendo que pueda entrar en el castillo, que ya es decir, tendré que localizar el diamante. Pero, además, y en el caso de que la operación salga mal o sufra algún contratiempo, ¿cómo demostrar que la joya es de su propiedad?

—Basta con preguntárselo. Dará la respuesta en la pantalla de televisión más próxima.

—Muy bien. Confieso que se trata de un caso realmente fascinante. Haré todo lo que pueda, pero… dígame una cosa, por favor.

—¿De qué se trata?

—Usted había oído hablar de mí.

—Por supuesto.

—Y, seguramente, sabía que tenía un ayudante robot, con figura de varón.

—Es cierto.

—Ahora tengo un robot, con aspecto de mujer.

—Comprendo lo que trata de decirme —contestó la joven—. Pero no me importa en absoluto. Y, francamente, no creo que necesite usted ciertos servicios de un robot femenino.

—Gracias por la respuesta. Me mantendré en contacto con usted y la informaré de los progresos que pueda conseguir en mi tarea.

Morwenna dejó una tarjeta sobre la mesa.

—Mi dirección y mi videófono —indicó.

Momentos después, Bord se quedaba solo.

Un diamante mental, que permitía ver y oír a cualquier persona, dondequiera que pudiera hallarse… aunque fuese en el más remoto confín de la Galaxia…

Aquello valía… «No, no tiene precio», se dijo.

Vyra entró en aquel momento.

—¿Llamaba el señor?

—Llévate el servicio de café, por favor.

—Bien, señor.

Vyra recoció la bandeja. Luego se quedó frente al joven

—¿Señor?

—Dime Vyra.

—¿El señor está descontento de mí? No he visto en el señor el menor gesto de aprecio…

—Vyra, quiero que quede bien sentada una cosa —dijo él fríamente—. Eres mi robot y necesito tu ayuda, pero no en ciertos aspectos. Cuando… necesite esa ayuda, y no te ofendas, buscaré una mujer auténtica. Un ser humano, del sexo femenino. ¿Entendido?

—Sí, señor. Disculpe el señor si le he molestado…

—No te preocupes.

Vyra se marchó. Bord lanzó una maldición en voz baja.

Podía devolver a Vyra y comprar otro robot, pero necesitaría años enteros para llenar sus circuitos y conseguir que la máquina se compenetrase con él, como lo había logrado con Jiggs. Además, si era obra de alguien que quería perjudicarle, resultaría más ventajoso tener a Vyra a su lado. Así podría averiguar quién era el autor del cambio y cuáles habían sido sus motivos.

Luego se concentró en la tarea que le habían encomendado. Y, aunque conocía el castillo de Aquileia, pensó que echarle un vistazo de nuevo no le perjudicaría en absoluto.

Alargó la mano y tocó el timbre. Los tacones de la robot repiquetearon en seguida.

—¿Señor? —dijo Vyra.

—Cámbiate de ropa. Ponte un traje de una sola pieza. Vamos a salir.

—Sí, señor. ¿Qué vehículo utilizará? ¿El psicomóvil?

—No. Por ahora me conformaré con el helicóptero.

* * *

El helicóptero seguía llamándose así por rutina, pero, en realidad, era un aeromóvil movido por antigravedad, aunque sólo podía volar en la atmósfera. Tres horas más tarde, Bord y su nuevo ayudante llegaron a las inmediaciones del castillo de Aquileia.

El aparato se posó en el suelo, sobre una extensa pradera. El castillo se hallaba a unos tres kilómetros, resplandeciente como si estuviera hecho de oro puro, con una arquitectura fantástica, pero que, no obstante, evocaba los antiguos castillos medievales.

Aquileia tenía una singular propiedad. Bord sabía que era el único castillo que no se había edificado sobre el suelo, en la cima de un risco, como solía ser la costumbre. Flotaba en el aire.

Estaba a unos mil metros del suelo, sobre un paisaje de incomparable belleza. Por el centro del valle se divisaban los meandros de un río que parecía tener las aguas de plata. El castillo se apoyaba en una extensa plataforma circular, de unos mil metros de diámetro, protegida por una barandilla que la contorneaba en toda su circunferencia. En la plataforma se veían trozos ajardinados y fuentes con artísticos surtidores, entre sauces y álamos.

Vyra, arrobada, juntó las manos.

—Es la cosa más bella que he captado jamás con mis circuitos —exclamó.

—Te gusta, ¿eh? —sonrió Bord—. Pues es ahí donde tenemos que entrar para llevar a cabo la misión que me ha encomendado la señorita D'Hrun.

—No parece difícil. Se toma el helicóptero y...

—Vyra, sospecho que no conoces la realidad en absoluto. Aquileia está rodeado por una intraspasable esfera de energía, cuya clave de apertura y cierre conoce solamente una persona. La esfera envuelve completamente toda la estructura y es de tal punto invulnerable, que si la rodearas con bombas atómicas y las hicieras estallar a todas a las vez, sólo conseguirías devastar el valle. Pero el castillo resistiría incólume.

—Fantástico —calificó ella—. Pero usted, me imagino, conocera algún truco para pasar al otro lado de la esfera.

Bord se acarició el mentón pensativamente.

—Teniendo en cuenta que la maquinaria que produce la energía de esa esfera está en el interior del castillo, la forma de atravesarla me resulta desconocida por el momento. Pero ya pensaré algo, no te preocupes. Ya hemos visto bastante y debemos regresar a casa.

—Como ordene el señor —contestó Vyra.

Regresaron al helicóptero. Vyra llevaba los mandos, puesto que el aparato usaba propulsión normal. Un robot en cambio, no podía pilotar un psicomóvil, cuya fuente de energía era la mente humana. Bord se dijo que ocupándose ella de los mandos, podría dedicarse mejor *a sus* reflexiones.

El aparato despegó con facilidad y alcanzó los mil metros de altura en pocos instantes. Repentinamente, sin causa aparente, empezó a caer.

CAPÍTULO III

Vyra lanzó un grito:

—¡El generador no funciona!

Bord alargó la mano. Su dedo índice presionó una tecla. Un enorme paracaídas se desplegó de inmediato y redujo la velocidad de caída.

Pero casi inmediatamente, se oyó un fuerte estallido y el paracaídas se soltó. La velocidad de descenso, prácticamente anulada, volvió a incrementarse.

Entonces, Bord hizo dos cosas al mismo tiempo: alargó la mano izquierda, agarró el brazo del robot y presionó una segunda tecla. El techo del aparato saltó por los aires y algo presionó bajo los pies de amo y robot, despidiéndolos hacia lo alto, con tremenda potencia.

Luego empezaron a caer, pero Bord manipuló en su cinturón y la rapidez del descenso se atenuó casi totalmente. Sin embargo, el robot pendía de la fuerte mano del investigador, ya que, al contrario de éste, no llevaba un cinturón de propulsión individual.

Momentos después, ponían pie en tierra. A cien metros de distancia, el helicóptero era un montón de chatarra.

—Admiro la sangre fría del señor —dijo Vyra.

—Siempre estoy preparado para cualquier eventualidad —respondió él tranquilamente.

—De no haber sido por el señor, yo sería ahora también una máquina destruida.

—No puedo permitirme ese lujo. Llevas años conmigo y sabes demasiadas cosas para que te sustituya por otro robot. Instruirte de nuevo, me costaría otro tanto tiempo y no puedo esperar

—Comprendo, señor.

—De todas formas, tengo que averiguar quién te puso en el lugar

de Jiggs.

—¿Cree el señor que es importante?

—Vyra, quizá tu no lo «sepas» ahora, pero puede que, en determinado momento y mediante una palabra clave, alguien active un circuito hostil. Cosa que, como puedes comprender no me agradaría en absoluto.

—Oh, no, señor, eso es imposible. Por nada del mundo causaría yo el menor daño al señor —exclamó «ella» con gran vehemencia.

—Por tu propia voluntad, no; pero sí por la de esa persona que te puso en lugar de Jiggs.

—Perdón, señor; sólo es la envoltura. El interior es enteramente de Jiggs, aunque debo admitir ciertas ligeras modificaciones en mis circuitos, para mi mejor adaptación a mi nueva figura femenina.

Bord la miró de arriba abajo.

—Si fueses de carne y hueso... no habría otra más guapa que tú —contestó.

Vyra conectó el circuito del rubor.

—En determinados aspectos, hoy día, los robots somos idénticos a los humanos —dijo—. Si el señor lo desea, no tiene más que ordenármelo y complaceré al señor con muchísimo gusto. Mi único interés es evitar que el señor tenga la menor queja de mí.

Bord emitió un bufido.

—Nunca me han gustado los sucedáneos —contestó—. Pero basta ya de charla. Lo único cierto es que alguien ha intentado atentar contra nuestra vida...

—La vida del señor, con el debido respeto —corrigió Vyra—. Yo sólo soy una máquina.

—Es lo mismo. Tendré que empezar a husmear, para averiguar quién ha estado tocando los controles de mi aparato. Vyra, ¿sabes lo que es caminar?

—Poner un pie delante del otro y así sucesivamente...

—Exacto. Es lo que vamos a hacer ahora mismo, hasta que encontremos algún medio de transporte que nos devuelva a casa.

—Estoy dispuesta, señor.

Bord echó a andar. Vyra, respetuosamente, caminaba un par de pasos a retaguardia y un poco a su izquierda.

De pronto, Vyra exclamó:

—Señor, ¿me permite hacerle una sugerencia?

—Claro. Adelante.

—Tengo la impresión de que este accidente provocado tiene alguna relación con el robo del diamante mental. ¿No lo cree así, señor?

Bord se volvió en el acto.

—Que yo recuerde, no te he mencionado absolutamente nada sobre ese asunto —dijo en tono nada amable.

—El señor olvida la extrema sensibilidad de mis circuitos auditivos —contestó ella sin inmutarse.

—Entonces, escuchaste mi conversación con Morwenna D'Hrun.

—No pude evitarlo, señor.

—Está bien. Continuemos.

Bord reanudó la marcha. Si alguien había hecho el cambio de figuras de los robots, podía suceder que Vyra no fuese más que un espía, que permanecería inactivo, hasta el momento en que el desconocido lo necesitara.

Debería estar prevenido y no descuidarse un solo instante, se dijo.

* * *

Dos días más tarde, Bord llegó a su casa con una gran caja, que depositó en el centro de la sala. Vyra acudió a abrirle y se ofreció a llevar la caja, pero él rechazó cortésmente la ayuda.

—Sírveme café —pidió.

—Sí, señor.

Vyra trajo el café momentos después. Bord había abierto ya la caja. En su interior, Vyra pudo ver lo que parecía un proyector de cine y una pantalla, ésta adosada a una caja con correas para sostenerla por los hombros.

—Si mal no recuerdo, Jiggs, tu antecesor...

—Perdón, yo soy Jiggs, aunque con otra figura —le recordó ella.

—Mira, de todos modos, te considero como un robot completamente nuevo, ¿eh? Así que tómate las cosas con calma y abre bien los oídos, quiero decir que afines tus circuitos auditivos.

—*Aquí estás viendo un proyector* y una pantalla. Pero no son como los normales, sino que, en realidad, se trata de un potentísimo proyector de rayos X, y la pantalla que recoge imágenes. Ahora bien, el proyector y la pantalla no se usan en la forma ordinaria, sino que su empleo se realiza de una manera absolutamente

distinta. Por dicha razón quiero que te entrenes con un cinturón propulsor.

—Estoy entrenada, señor. Sé cómo manejarlo.

—Muy bien, mejor todavía. Ahora, escucha...

Bord se fue hacia la pared, presionó un interruptor y un lienzo del muro se iluminó en el acto. Luego movió una rueda y en la pantalla apareció una vista aérea de un determinado sector del planeta.

—Este es el valle donde está el castillo de Aquileia —dijo—. Como puedes apreciar, la toma se ha hecho desde la vertical del castillo, a cinco mil metros de altura.

Buscó un puntero y señaló en la parte derecha de la panorámica.

—El pico Durlock, de mil doscientos veintidós metros de altura. Yo me situaré aquí, con el proyector. La distancia al castillo es exactamente, de cuatro mil trescientos once metros.

El puntero fue al otro lado de la pantalla.

—La cima del monte Urnond, a mil doscientos dieciséis metros de altura y tres mil novecientos setenta y cuatro del castillo. Las distancias al castillo se entienden referidas al centro del edificio.

—Comprendo, señor.

—Tú te situarás en Urnond, con el receptor. Hay un alineador de posiciones, de modo que pueda recoger con seguridad las imágenes que se recibirán después de los «disparos» que haga yo con los rayos X. Debido a las distancias, y por el efecto del ángulo visual, el proyector cubrirá por completo la silueta del castillo, de modo que podremos tener en pantalla su «radiografía», en secciones verticales, porque el proyector, según la intensidad con que se haga funcionar, puede tomar imágenes de distintas secciones del objeto que se quiere examinar.

—Sí, señor.

—Calculo que necesitaremos de veinticinco a treinta placas. El funcionamiento de tu receptor es automático; sólo necesitamos que lo actives, tras la alineación. Nos comunicaremos por radio, en onda S.U.C. ¿Sabes lo que quiere decir?

—Onda Súper Ultracorta.

—De medio milímetro de longitud, prácticamente indetectable. Y, cuando ya tengamos las radiografías, podremos decir que conocemos la distribución interior de Aquileia. Entonces, yo me

encontraré en situación de empezar a actuar.

—Una idea maravillosa, señor —elogió Vyra—. Pero, ¿me permite una objeción, señor?

—Claro, mujer..., digo, Vyra —sonrió él.

—Doy por sentado que el señor recuperará el diamante mental. Pero, ¿no puede ocurrirle algo por entrar en un domicilio ajeno, sin permiso de su propietario?

—El diamante ha sido robado. He comprobado que, efectivamente, pertenece de un modo legal a Morwenna D'Hrun. La ley me autoriza a entrar en cualquier lugar donde haya un objeto robado, a petición del dueño, siempre que no me lleve otra cosa que el objeto que el dueño de esa casa tiene ilegítimamente. Y, como comprenderás, nada de lo que pueda haber en Aquileia, salvo el diamante, tiene por qué interesarme.

—Me siento mucho más tranquila, señor. ¿Cuándo iniciamos la operación?

—Mañana, al amanecer, estaremos en nuestros puestos respectivos —contestó Bord.

* * *

Sacó el proyector y lo apoyó sobre un trípode extensible. Luego lo puso en funcionamiento y manejó el control de alineación. Una lámpara roja se encendió en el acto. Hizo girar una ruedecilla y el color rojo fue palideciendo lentamente hasta llegar al blanco. Pasó a continuación al amarillo y alcanzó un tono verde brillante. Entonces, supo que el proyector estaba alineado con el receptor.

—Vyra —llamó por la radio.

—¿Señor?

—¿Qué señal da tu receptor?

—Verde brillante, señor.

—Muy bien. Inicio la operación.

Bord presionó una tecla. Movió una rueda y volvió a apretar la tecla. Mientras lo hacía, consultaba el indicador de carga. Había empezado en el número 30 y fue decreciendo hasta llegar al tres. Entonces, la esfera se apagó en el acto.

—Vyra, ya no hay más placas —anunció—. Reúnete conmigo en la salida Sur del valle.

—Sí, señor.

Media hora más tarde, se reunían en el punto donde el valle se

ensanchaba para formar una extensa llanura, por cuyo centro corría el río plácidamente. Era un lugar muy hermoso y la mañana resultaba verdaderamente esplendida.

—¿Ha salido todo bien, señor? —preguntó Vyra.

—Espero que sí. De todos modos, lo veremos en casa, en pantalla grande y con toda comodidad.

—Lo celebro, señor —ella se descolgó una bolsa que llevaba pendiente del hombro izquierdo—. Me he permitido traerle algo de desayuno al señor; era aún de noche cuando salíamos de casa y pensé que tendría apetito.

—Vyra, eres tan inapreciable como lo era Jiggs —sonrió él.

—Sigo siendo Jiggs, señor. Aunque..., sólo al noventa y cinco por ciento.

—Será mentalmente, porque lo que es de la otra forma...

Pero Bord agradeció el gesto de su robot y atacó con buen apetito los bocadillos, que regó con el café del termo que Vyra había llevado. A los pocos momentos, se limpió los labios y dijo:

—Bien, creo que es hora ya de regresar.

—Dispense el señor. Creo que vamos a tener que posponer un tanto el regreso. Alguien viene a nuestro encuentro.

Bord volvió la cabeza y divisó el más extraño carruaje que hubiera sido capaz de imaginarse en los días de su vida.

CAPÍTULO IV

Parecía un trineo, pero, en realidad, se deslizaba a pocos centímetros del suelo, sin duda mediante la acción de un generador antigravedad. Lo fantástico, sin embargo, no estaba en el vehículo, sino en los animales que tiraban del mismo.

Eran perros Doberman-Pinscher, negros como la noche, pero tan grandes casi como un caballo y en número de cuatro. Corrían silenciosa y velozmente, pero era fácil adivinar que podían alcanzar el doble de rapidez, sin necesidad de desplegar toda su potencia.

El trineo se detuvo a poco. Su único ocupante saltó al suelo.

—¿Puedo preguntarles qué hacen aquí? —exclamó, con acento de clara hostilidad.

Bord estudió al sujeto durante unos segundos. El rostro le resultó conocido.

—Usted es Sipphar Sipphun —dijo.

—Así me llamo —contestó el aludido.

—Soy Bertin Bord, investigador jurado. Mi robot, Vyra.

—Señor Bord, me imagino que está realizando pesquisas por cuenta de alguna persona que le ha encomendado un trabajo. Debería saber que se encuentra en terrenos que son de mi propiedad.

Bord alzó las cejas.

—¿El valle..., es suyo?

—Efectivamente.

—Usted es, creo, secretario general ejecutivo de la «Sibra».

—Lo soy, en efecto.

—Ese empleo debe producir pingües beneficios. El valle tiene un valor inmenso y no digamos el castillo.

—Supongo que uno puede gastarse su dinero en lo que le

apetezca, siempre que sea en cosas legales, de modo que no pueda dar lugar a la acción de un investigador jurado.

—Sobre eso, habría mucho que hablar. Tengo noticia de que hay en Aquileia un objeto robado. Mi misión es recuperarlo.

Sipphun se irritó. Su delgado rostro enrojeció, incluso hasta la nariz ganchuda.

—Todo lo que hay en Aquileia tiene legítima procedencia —contestó.

—Insisto, las opiniones difieren.

—Usted es investigador jurado y, como tal, no puede mentir. Pero, ¿ha comprobado si los informes que tiene son auténticos? ¿No le mintió la persona que contrató sus servicios?

Bord se quedó parado un instante.

—Lo comprobaré —dijo al cabo—. Y si me mintieron le ofreceré a usted la reparación que estime justa.

—Veo que empieza a sentirse comprensivo —sonrió Sipphun.

—Pero si me dijeron la verdad, entraré en Aquileia y recuperaré lo robado —añadió Bord cortantemente.

Sipphun acarició la cabeza del perro que tenía más próximo.

—Están sueltos constantemente por el recinto de Aquileia —dijo —. Fueron entrenados para matar, al estilo de las abejas.

—¿Con aguijón? —se sorprendió el joven.

—Dije estilo, no arma. Las abejas atacan, clavan su aguijón y mueren. Mis perros atacarían, aunque supieran que podían morir en el empeño.

Sipphun regresó al trineo.

—No vuelvan por aquí —se despidió.

Lanzó un tenue silbido, que más parecía un trino. Los enormes canes tensaron sus músculos, viraron en redondo y se lanzaron al galope hacia el castillo que relucía a lo lejos, como una joya sostenida en el aire por hilos invisibles.

—No parece un humano demasiado amistoso, ¿verdad, señor? —comentó Vyra, momentos después.

—No sólo no es amistoso, sino que puede convertirse en un terrible enemigo —murmuró Bord pensativamente.

—Tengo entendido que la «Sibra» es una compañía muy poderosa...

—Es un conjunto de empresas, dirigidas por siete personas, a las

que muy pocos conocen. Sipphun es, diríamos, la cabeza visible y la que anuncia las decisiones de la «Sibra». Y cuando esas siete personas deciden algo, es para echarse a temblar en toda la galaxia.

—Me gustaría ser humano para silbar —dijo Vyra.

—El poder de «Sibra» es poco menos que infinito. Quizá por eso sea cierto que Sipphun tiene el diamante mental a pesar de que lo niegue.

—En tal caso, podrían ver cualquier parte de la galaxia, sólo con desearlo...

—Exactamente, Vyra. Y eso es lo que me preocupa. Volvamos a casa; a pesar de todo, no he desistido de recuperar el diamante.

—Lo conseguirá, señor —dijo Vyra, contemplándole con gesto lleno de admiración.

* * *

Poco después de mediodía, Bord terminó las operadores y se dispuso a proyectar las placas en la pantalla. Vyra asistía, en pie, mientras él se sentaba en un butacón.

—Conviene que grabe las imágenes en mis circuitos de memoria —dijo el robot.

—Sí, buena idea.

Bord «disparó» la primera placa. La pantalla se iluminó en gris, pero no se vio ninguna imagen.

Proyectó la segunda placa. Obtuvo el mismo resultado.

La tercera, la cuarta y la quinta dieron la misma imagen: un color gris, sin el menor detalle.

—No puede ser —gruñó—. El proyector funcionaba a la perfección...

—El señor olvidó tal vez la esfera de energía que protege el castillo —sugirió Vyra.

—La esfera detendría el impacto de cualquier cosa sólida, pero es traspasable por los rayos visuales, cuanto más por los especiales que emite mi proyector —dijo él malhumoradamente.

—En tal caso, algo ha fallado. Convendría averiguarla me parece.

—Sí, lo intentaré...

La campanilla de la puerta sonó en aquel instante

—Con permiso, señor —dijo Vyra—. Debe de ser algún visitante.

El robot se alejó. A los pocos momentos, volvió al salón.

—Señor, la señora Durmo desea verle.

Bord se levantó en el acto.

—Hágala pasar en el acto —ordenó.

—Sí, señor.

Una bella y elegante mujer apareció a los pocos instantes en el umbral de la sala. Bord fue hacia ella con las manos tendidas.

—¡Isabel! No sabes cuánto me alegro de verte… Hacía tanto tiempo que no tenía noticias tuyas —exclamó efusivamente—. ¿Y Alonso, tu marido? ¿Se encuentra bien?

La visitante sonrió ligeramente. Aunque había pasado ya de los sesenta años, tenía el rostro y la figura de una muchacha de veinte.

—Alonso está bien, pero es de él de quien precisamente quería hablarte —contestó ella—. Es decir, si tienes unos minutos que perder…

—Con una buena amiga como tú, puedo perder todo el tiempo que sea necesario —respondió Bord—. Vyra por favor, sirve algo de beber. ¿Qué te apetece, Isabel:

—Té, por favor.

—Bien, señor.

Bord condujo a la dama hasta un diván y se sentó frente a ella.

—Envidio a Alonso —dijo sonriendo—. Tiene una mujer hermosa, agradable, sensata, cariñosa… Cuando se casó contigo, encontró la esposa perfecta. Claro que él también es un hombre excelente, aunque su vinculación la «Sibra» haga creer a muchos lo contrario.

—En algunos aspectos, la «Sibra» tiene una fama justificada. En otros, sólo son calumnias…

—No se puede ser grande sin tener enemigos —filosofó Bord—. Pero, dime, ¿qué te pasa? ¿Desavenencias conyugales? ¿Alguna aventurilla de tu esposo… o tuya? Si estás en un compromiso, procuraré solucionarlo, aunque en estos momentos tengo mucho trabajo…

Vyra entró en aquel momento con la bandeja y sirvió si té con eficiente presteza. Isabel la contempló críticamente.

—Creía que tenías un robot hombre —dijo.

—He decidido cambiar —mintió Bord—. La vista se alegra con un robot como Vyra. Pero nada más, ¿comprendes, Isabel?

La visitante asintió. Vyra se retiró discretamente.

Hubo un momento de silencio en la sala. Luego, Isabel dejó su taza a un lado y dijo:

—Acabamos de mencionar a los robots, Bertin. Tengo la impresión de que mi esposo es también un robot.

* * *

Bord contempló a la dama con ojos incrédulos.

—Isabel, tú no puedes hablar en serio...

—Sí, Bertin, hablo en serio y no se trata de delirios de mi mente. Estoy segura de que Alonso... Bien, le ha sucedido algo grave y alguien lo sustituyó por un robot.

—¿Cómo puedes decir eso, Isabel? —preguntó Bord, tratando de mantenerse ecuánime.

—Tú sabes que hoy día se fabrican robots de una perfección tal, que son absolutamente iguales a las personas. Excepto en la alimentación y funciones consiguientes, se comportan exactamente igual que los seres humanos. Alonso sigue siendo el esposo cariñoso, atento y ardiente que siempre he conocido. Pero no es él, tú ya me entiendes.

—Después de tantos años de matrimonio, es difícil..., falsificar ciertas actitudes muy íntimas —dijo el detective pensativamente—. Hay mujeres que compran robots masculinos, para satisfacer sus ansias de compañía, en todos los sentidos, claro; pero cuando se ha vivido tanto tiempo con un hombre, la sustitución es poco menos que imposible.

—Bertin, no sé cómo lo han hecho, pero es un duplicado perfecto en todos los sentidos. ¡Incluso come!

Bord frunció el ceño.

—Supongamos que es un robot —dijo—. ¿Por qué habrían de sustituir a Alonso?

—No lo sé. Tengo la sensación de que es algo relacionado con la «Sibra». Tú sabes que Alonso es uno de los siete miembros del «staff» directivo, compuesto por cuatro hombres y tres mujeres. Imagínate que alguien sustituye a esa junta por otros tantos robots..., y hace que estos obedezcan sus órdenes. ¿No te imaginas lo que podría suceder?

Bord asintió, mientras se ponía en pie y empezaba a pasear por la estancia.

—La «Sibra» —repitió—. Es la abreviatura de «Siete Brazos», el

famoso emblema de la sociedad, que engloba a centenares de poderosas empresas... Antiguamente, se las llamaba multinacionales. Hoy son multiestelares y la «Sibra» es la más potente de todas, un gobierno dentro de otro gobierno...

Hizo una corta pausa y prosiguió:

—Su emblema es una estrella con siete brazos, rematados en la V de la victoria que hacen todas las manos, y los miembros del «staff» son escasamente conocidos y gustan muy poco de la publicidad —se volvió hacia la visitante—. Pero tienes razón; la sustitución de la junta por robots, que obedecieran a la voluntad de una sola persona, resultaría un golpe maestro.

—Y una catástrofe para la gente, porque estaríamos todos en poder de un megalómano —dijo Isabel.

—Sin duda alguna. Pero, volviendo al mismo tema, ¿qué supones le haya podido suceder a tu marido?

—Lo peor, Bertin —contestó ella sin pestañear—. Por eso he venido a buscarte. Como comprenderás, no puedo ir a la Policía...

—Tienes razón —convino él—. Y, suponiendo que sea un robot, ¿desde cuánto tiempo?

—Hará un par de semanas. Salió para asistir a una reunión de la «Sibra». El que volvió, era ya un robot, aunque no lo noté en los primeros momentos. Ha sido después, en los momentos íntimos... —Isabel se estremeció, a la vez que cerraba los ojos—. Dios, pensar que me acuesto con un robot, que me entrego a él, que le acaricio y dejo que me acaricie... ¡Es horroroso, créeme!

Bord se acercó a la dama y tomó sus manos afectuosamente.

—Debes tranquilizarte —aconsejó—. Dices que fue a una reunión del «staff», hace dos semanas y que, a la vuelta, ya era un robot. Pero, ¿dónde se celebró esta reunión?

—No lo sé. Alonso nunca me lo dijo. Sé que se habían juramentado para no decir nunca el lugar secreto donde se reunían para tomar decisiones de gran trascendencia, algunas de las cuales eran a largo plazo y, por dicha razón, querían asegurarse de que no serían escuchados. Sí un competidor pudiera enterarse de una operación qué se iba a realizar dentro de un año o dos, podrían anticiparse a ellos y... ¿Comprendes?

—Perfectamente —asintió él—. De modo que nunca supiste dónde celebraban esas reuniones.

—No. En ese aspecto, lo siento, no puedo darte datos que sean de interés para ti.

—En estos momentos, tengo un caso muy interesante entre manos —respondió Bord—. Sin embargo, haré todo lo que pueda. Te llamaré en cuanto tenga noticias.

—Gracias —sonrió Isabel.

—Pero tendrás que hacer una cosa, aunque no te guste.

—Dime, Bertin.

—Si a Alonso le ha pasado algo, tendrás que seguir comportándote con el robot con toda naturalidad. Esa sustitución sólo ha podido hacerla alguien que no tiene escrúpulos. Y esa persona te mataría si supiera que, no solo sospechas la verdad, sino que has pedido ayuda. Como puedes comprender, si se ha convertido en el dueño de la «Sibra», no va a permitir que nadie le desaloje de tan privilegiada situación.

—Lo he entendido perfectamente —Isabel suspiró—. Seguiré soportando al robot, no me queda otro remedio.

Bord la acompañó hasta la puerta. Vyra vino poco después, para llevarse el servicio de té.

—Al señor acaban de encomendarle un caso muy difícil, pero terriblemente apasionante —dijo.

—No te quepa la menor duda —contestó Bord—. Si eso fuese cierto, se trataría de un golpe maestro: la sustitución de las siete personas más importantes de este sector de la galaxia, por sendos robots que, naturalmente, obedecerían la menor indicación de su amo.

—Sí —admitió Vyra—. Nosotros, los robots, tenemos la obligación de atender el menor deseo de nuestro amo.

Y miró al joven fijamente.

Bord se sintió incómodo.

—Vyra, no me gustan los *ersatz*. Sucedáneos, para que lo entiendas bien claro —rezongó.

—Lo siento, señor; no quise ofender al señor…

—Basta —cortó él. Se puso una mano en la barbilla—. Pero, ¿quién diablos podría tener interés en adueñarse de la «Sibra»?

—Si el señor me lo permite, me gustaría hacerle una sugerencia.

—Adelante —contestó Bord de buen humor—. Entre otras cosas, para eso estás aquí, para ayudarme y colaborar conmigo.

—El señor debiera entrevistarse con Sypphar Sypphun, secretario general ejecutivo de la «Sibra». Es una de las personas más indicadas para solucionar cualquier duda al señor, en el presente caso. Y además, podría seguir investigando sobre el diamante mental. Ustedes, los humanos, llaman a esto «matar dos pájaros de un solo tiro».

Bord se echó a reír.

—En algunos aspectos, y no me refiero solamente al físico, resultas mejor que el viejo Jiggs. La sugerencia queda aceptada..., pero antes quiero averiguar por qué ha fracasado el proyector de rayos X.

—Un tema muy interesante, señor. ¿Tiene el señor alguna idea al respecto?

—Por el momento, no, aunque sí pienso visitar a alguien que podría darme algunos datos de utilidad, sobre el castillo de Aquileia —respondió el investigador.

CAPÍTULO V

De pronto, llamaron a la puerta.

—Iré a abrir, señor —dijo Vyra.

El robot se alejó con vivo taconeo. Bord frunció el ceño. La espléndida silueta de aquella máquina le perturbaba considerablemente.

De pronto, recordó a una conocida suya, famosa periodista, que se dedicaba principalmente a los chismes y murmuraciones de alta sociedad. Aelia Krolo sabía cosas que, en ocasiones, ni siquiera conocían los propios interesados.

Podía obtener información..., y pasar un buen rato. Aelia era muy hermosa.

Pero antes quería enterarse de quién llamaba a la puerta de su casa. Vyra abría en aquel momento.

Un hombre apareció en el umbral, empuñando una pistola de pavoroso aspecto.

—Lo siento, encanto —dijo—. No es nada personal.

Y apretó el gatillo.

En una fracción de segundo, el espacio que había frente a la puerta se inflamó con violentísima llamarada. Vyra apenas tuvo tiempo de gritar.

El hombre sí lanzó un grito, pero fue muy breve; la llamarada lo envolvió instantáneamente, convirtiéndolo en una irreconocible bola de carbón en contados segundos.

Vyra chilló y saltó hacia atrás. Aquel informe bulto, que yacía humeante en el suelo, despedía un hedor insufrible.

Bord llegó a la carrera.

—Vaya —murmuró.

—Señor, ese hombre intentó matarme...

—Seguramente usó una pistola térmica.

—Pero ardió él, abrasado por un horrible fogonazo, que no sé de dónde salió —dijo el robot.

—Bueno, un hombre como yo tiene que estar prevenido o no merecería el título de su profesión —contestó Bord—. Mi casa tiene defensas que actúan automáticamente. Cuando ese tipo disparó su pistola, el escudo de energía entró en funcionamiento y rechazó la descarga, volviéndola contra el que la había lanzado.

Meneó la cabeza.

—Si era un asesino pagado, debía de serlo de los más baratos. Un auténtico profesional no habría caído nunca en una trampa que es harto conocida.

—Barato, ¿eh? —dijo Vyra.

—Es lo que yo opino —repuso él.

—Inutilizaron el helicóptero y el paracaídas de emergencia. Ahora querían destruirme a mí...

—Para entrar a continuación en la casa y quitarme de en medio, no cabe la menor duda. Vyra, éste es un asunto que cada vez se complica más. Por eso, precisamente, tengo más interés que nunca en resolverlo.

—Sí, señor.

—No te preocupes; yo me encargaré de los restos de ese infeliz. Ahora ve a la sala, busca mi guía privada y llama por videófono a Aelia Krolo. Pídele hora para una entrevista, ¿entendido?

—Sí, señor.

Vyra regresó a la sala y consultó la guía. Momentos después, tenía en la pantalla el rostro de una hermosa mujer.

—¿Señora Krolo? Soy Vyra, el robot personal del señor Bord. El señor Bord me encarga solicite a la señora hora para una entrevista. Gracias, señora.

La mujer sonrió maliciosamente.

—Vyra, dile al señor Bord que puede venir cuando quiera —contestó—. Y dile también que tiene un gusto exquisito para elegir su servidumbre.

—Se lo diré, señora. Muchas gracias. Cuando iba a cortar la comunicación, Vyra oyó una burlona carcajada.

* * *

Lánguidamente recostada en un diván, cubierto el espléndido

cuerpo por unas gasas que no ocultaban apenas detalles de una hermosa anatomía, Aelia Krolo recibió al visitante con las manos tendidas.

—Si fuese otra, hubiese ordenado a mi robot que te echase a patadas —dijo—. Meses enteros sin tener la menor noticia tuya...

Bord sonrió, se inclinó y besó sucesivamente ambas manos.

—Tu robot no puede darme patadas, porque *soy* humano —dijo —. Pero si tienes tanto interés, dejare que me las des tú misma. Si eso va a servir para desahogar tu indignación.

Aelia tiró de él y lo hizo sentarse a su lado.

—Tendrás que conseguirlo de otra forma —sonrió incitantemente—. De todos modos, no has venido aquí solamente para..., para lo que ambos suponemos. ¿Qué te traes entre manos, Bertin?

—Aelia, tú sabes cosas que la gente ignora, dicho sea con la mayor concisión posible. Tienes un fenomenal servicio de información y tu sección en la televisión es una de las de mayor audiencia.

—Otros también son muy buenos; por ejemplo, Kirt Dulla.

—Sí, es el que hizo comentarios acerca de mi robot, con figura de mujer. Aelia, nunca me han gustado los sustitutivos. ¿Entiendes?

—Sí, pero el público pensará...

—Forma parte de una campaña de desprestigio, alternada con ataques físicos personales. Por dos veces, he estado a punto de morir.

—No me digas —se asombró ella.

—Te lo juro. Provocaron averías en mi helicóptero, estuvirnos a punto de estrellarnos... Hoy mismo, un asesino profesional quiso abrasarme con una pistola térmica...

—Me dejas atónita. Y todo eso, ¿por qué?

—Aelia, ¿has oído hablar del castillo de Aquileia?

—Oh, sí —contestó la periodista—. Es más, he estado allí en un par de ocasiones, invitada por el dueño. Es lo más fantástico que he visto en mi vida, Bertin.

—Hay allí algo que es de procedencia ilegítima. Para decirlo con claridad, Sypphun lo ha robado. Yo tengo que recuperar ese objeto.

—¿De qué se trata, Bertin?

—Lo siento, no estoy autorizado para dar más detalles. Dime, en

tu opinión, ¿qué lugar del castillo es el más apropiado para guardar un objeto no mayor que el puño de una persona?

Aelia se acarició pensativamente el mentón.

—No lo sé —respondió al cabo de unos segundos—. Sinceramente, no tengo la menor idea. Es de suponer que Sypphun haya instalado allí una caja fuerte, para guardar documentos de importancia. Tú conoces su cargo en la «Sibra».

—Sí, lo sé.

—El castillo no es sólo el capricho de un ricachón, sino también uno de los lugares más seguros del planeta. Sí Sypphun robó algo y no lo quiere devolver, temo que sea imposible recuperarlo, a menos que le pongas una pistola en el pecho.

—No me gustaría recurrir a ese procedimiento —dijo él.

—La astucia no te servirá de mucho. Sin permiso de Sypphun, no podrás entrar jamás en Aquileia —aseguró la periodista.

—No me das muchas esperanzas —se quejó él.

—Lo siento. Procuro ser sincera. De este modo, no tendrás decepciones. Pero, aguarda un momento...

Aelia volvió a concentrarse.

—Conozco al arquitecto-ingeniero que construyó el castillo. Lo vi en la segunda fiesta a la que asistí en Aquileia. Algo sucedió entonces y pareció preocuparle mucho. Y a Sypphun también, claro. Hicieron un aparte y daban la sensación de sentirse muy nerviosos. Sypphun dijo que era preciso suprimir aquel punto invulnerable y el arquitecto contestó que era absolutamente imposible, a menos que suprimiera el mayor encanto del castillo: la suspensión a mil metros del suelo. Toda la energía se iba en mantener Aquileia en el aire y, por tanto, la esfera de energía tenía ese punto vulnerable.

—Interesante —comentó Bord—. Sigue, por favor.

—El arquitecto-ingeniero se llama Zeno Green. Si quieres, te daré su dirección.

—Te lo agradeceré. ¿Algo más?

—Sí, una cosa. Green dijo que, de todas formas, ese punto vulnerable se producía solamente una vez en veinticuatro horas y que no duraba más de un minuto o dos. Luego, la brecha o el agujero en la esfera de energía volvía a cerrarse por sí solo. Pero no sé más...

—Una vez al día —murmuró Bord—. ¿Sabes la hora, aunque

sólo sea aproximadamente?

—Hacia el mediodía, pero no estoy muy segura.

—Bien, lo tendré en cuenta. Y ahora, voy a recompensarte.

—¿Cómo, Bertin?

—¿Quieres un chisme interesante para tu sección?

—¿Valdrá la pena?

—Aelia, ¿qué dirías si supieras que los siete jefazos de la «Sibra» han sido sustituidos por robots?

Ella se incorporó bruscamente.

—No puede ser —exclamó.

—Las probabilidades son de diez a uno.

—La «Sibra» es odiada, detestada, temida...

—Y también respetada.

—Por su poder.

—Exacto. Pero el poder, repartido entre siete, es menos..., violento. Algunas decisiones pueden ser suavizadas, cosa que no sucedería si ese poder estuviese ahora en manos de una sola persona.

—Sería horrible —calificó Aelia—. ¿Tienes seguridad de la información?

—Prácticamente, total, aunque desconozco el nombre del nuevo amo de la «Sibra». Pero puedo asegurarte que el cambio de los directivos por los robots es auténtico.

—Sería una labor de años preparar a siete robots...

—Una vez estuve persiguiendo a un ladrón, que había preparado su golpe durante nada menos que once años. El botín fue, en total, de dos millones de U.G.M. ¿Cuánto valdría hoy la «Sibra», en Unidades Galácticas de Moneda?

—¿Quién ha contado alguna vez las estrellas? —rió Aelia—. De acuerdo, haré un comentario sobre el asunto en mi próxima emisión. Mañana, a las siete de la tarde.

—Muy bien. Aelia, hablemos ahora de otro tema.

—¿De cuál, Bertin?

Bord soltó el broche que sostenía la tela sobre el hombro izquierdo de la periodista.

—Aunque, bien mirado, en este tema no se necesitan las palabras —dijo, al inclinarse para besar la piel cálida y perfumada.

Aelia lanzó una suave risita.

—Soy una mujer, no un robot —dijo.

—Precisamente por eso —contestó Bord ardientemente.

* * *

—Me llamo Septimus Van Randt y deseo contratar sus servicios —dijo Bord al día siguiente.

Zeno Green miró con curiosidad al hombre que tenía ante sí, vestido de una forma un tanto anticuada y que usaba un bigote y perilla ya pasados de moda, lo mismo que el bastón de Malaca que sostenía en la mano derecha, en la que brillaba un diamante del tamaño de un garbanzo. El nombre de Van Randt era uno de los seudónimos que Bord utilizaba en ocasiones y, lógicamente, alteraba también su aspecto personal, tomando el de un hombre ya maduro y conservador en sus gustos sobre indumentaria.

—Bien —contestó Green al cabo de unos instantes—, en estos momentos tengo mucho trabajo, pero quizá podría encontrar un hueco... Siéntese y dígame qué desea, señor Van Randt.

—Conozco, aunque de vista solamente, el castillo de Aquileia. Me gusta; es una construcción realmente maravillosa. Yo deseo una por el estilo, aunque, naturalmente, mucho más pequeña. Me bastaría una casa con seis u ocho habitaciones, cuatro baños, una sala, biblioteca..., y los servicios correspondientes, claro.

—Suspendida en el aire.

—Y protegida por una esfera de energía, como sucede con Aquileia.

—Tendría que hacer un estudio del lugar donde va a ser emplazada, realizar luego un anteproyecto, discutir con usted algunos detalles de tipo digamos personal... Y, como puede suponerse, encontrar luego el tiempo necesario para ejecutar el encargo. Eso podría llevarle dos o tres años. Modestia aparte, me he labrado una gran reputación con Aquileia y tengo muchos encargos...

—El tiempo es lo de menos —Bord se acarició las guías del bigote con cierto aire de suficiencia—. Soy joven todavía; sólo tengo setenta y nueve años y espero vivir casi cien más. Por tanto, puedo aguardar dos o tres sin demasiada impaciencia.

Green sonrió.

—Le agradezco la confianza, señor Van Randt. Perdone, ¿tiene algo que ver con la Shipstar Van Randt, esa famosa compañía de

navegación espacial?

Bord sonrió de un modo especial.

—Digamos mejor que la Shipstar tiene algo que ver conmigo — contestó.

—Muy bien. En tal caso, creo que podría abreviar el tiempo de construcción... ¿Por qué no me llama pasado mañana, para concretar una fecha mucho más próxima?

—Encantado, señor Green. No sé cómo darle las gracias...

—Ha sido para mí un honor, señor Van Randt.

Bord se encaminó hacia la puerta, pero, antes de salir se volvió hacia el arquitecto.

—Perdón —dijo—. No se moleste por lo que voy a decirle y... Bien, usted debe comprender que un hombre de mi posición tiene que estar bien informado a la fuerza. Señor Green, he oído rumores sobre un punto débil en la esfera de energía que protege a Aquileia.

Green se puso serio.

—Es cierto —contestó—. Le ruego reserva absoluta, pero ese punto débil existe realmente. Y lo peor del caso es que no sé cómo solucionar el problema.

—¿Cuestión de energía, tal vez?

—Oh, no; aunque empleásemos diez veces más, el punto débil no podría ser anulado. A mediodía, cuando el sol está en el cénit, se abre una brecha en la parte superior de la esfera. Ignoro las causas, pero es la realidad. Aunque, por fortuna, el fenómeno no dura más allá de setenta u ochenta segundos y, en seguida, la esfera recobra su invulnerabilidad.

Bord sonrió cortésmente.

—No es un defecto de importancia y, confío en que, un día acabará usted por resolverlo satisfactoriamente. Adiós, señor Green.

—Hasta la vista, señor Van Randt.

CAPÍTULO VI

Vyra abrió la puerta y contempló sonriente al recién llegado.

—¿Todo bien, señor?

—No ha podido ir mejor —respondió Bord—. Por fin sé cómo traspasar la esfera de energía. Pero aguarda un momento; tengo que hacer una llamada urgente. Luego te daré más detalles.

—Bien, señor. Mientras tanto, prepararé algo de beber.

—Gracias, Vyra.

Bord fue de inmediato al videófono. Marcó un número, esperó un poco y, al cabo de unos segundos, contempló un rostro en la pantalla.

—Bertin, si no me conociera a mí mismo, diría que me estoy mirando en un espejo —dijo el auténtico Septimus Van Randt.

—El disfraz es bueno, ¿verdad?

—Nadie podría notar la diferencia. ¿La notó Green?

—En absoluto. Se tragó el anzuelo.

—Lo celebro. ¿Puedo hacer algo más por ti, Bertin?

—Te llamará para concretar una fecha de una nueva entrevista. Tienes que viajar a Dwettor II, creo.

—Sí, mañana mismo salgo de viaje.

—Dile que pospones la entrevista hasta tu vuelta. Eso es todo, Septimus.

—De acuerdo.

Bord apagó la pantalla. Vyra le ofreció un vaso.

—El señor está absolutamente desconocido —dijo.

—Es un comentario absolutamente inexacto —respondió él—. Van Randt es una persona sumamente conocida.

—Bueno, yo quería decir...

—Septimus Van Randt es un antiguo conocido y decidido

adversario de la «Sibra». Mejor dicho, de los métodos de la «Sibra». Le han hecho más de una jugarreta y ahora trata de ayudarme.

—Entiendo, señor.

Bord tomó un sorbo.

—¿Qué hora es, Vyra?

—Faltan pocos minutos para las siete, señor.

—Entonces, vamos a esperar a que hable Aelia. Enciende el televisor.

Bord se sentó en una butaca. En la pantalla actuaba una vidente, de la que el locutor decía poseía facultades prodigiosas. Drana Mirr, la adivinadora, era una mujer de unos treinta y cinco años, pelo negro y formas generosamente contorneadas. Sus ojos estaban cubiertos por una banda de tela negra, que llegaba hasta la punta de la nariz. Además, habían puesto algodones sobre los ojos, por lo que la falta de visión era total.

Algunas personas hacían llamadas por videófono a la emisora y sus rostros eran visibles en otra pantalla. Drana contestaba puntualmente a las preguntas que se le formulaban. La exactitud en las respuestas era asombrosa.

Una consultante preguntó algo sobre su esposo, atrapado hacía seis días en el fondo de una mina de carbón, a dos mil trescientos metros de profundidad. El infeliz estaba en un lugar muy pequeño y era de presumir que hubiera muerto asfixiado. La esposa quería saber si su marido había quedado muy desfigurado.

Drana se concentró unos instantes. Luego, lentamente, dijo:

—Señora, su esposo vive todavía. Está en difíciles condiciones, pero puede sobrevivir a condición de que el rescate se haga antes de cuarenta y ocho horas. Hable con los directivos de la compañía; pídales que los equipos de salvamento trabajen de nuevo. Si es así, le garantizo la supervivencia de su esposo.

—¡Caramba! —dijo Vyra—. Esa vidente no estará bromeando.

Bord se pellizcó el mentón.

—Lo curioso es que me parece conocida…

La emisión había terminado. El presentador dijo que la señora Mirr no descubriría su rostro, hasta unos minutos más tarde, puesto que necesitaba reponerse, después de los esfuerzos mentales realizados y le convenía la oscuridad. A continuación, una presentadora anunció la sección de Aelia Krolo.

Aelia apareció en la pantalla, fresca, vivaz y animada, como de costumbre. Relató unas cuantas anécdotas, contó un par de chismes y luego dijo:

—Ahora, queridos televidentes, escuchemos la última v más sensacional información de los últimos tiempos. Es referente a la «Sibra», la famosa multiestelar de los siete brazos, aunque las malas lenguas dicen que son setecientos mil. Pero, claro, aunque fuese cierto, no cabrían tantos brazos en su conocido emblema. Otros dicen que esos brazos deberían ser tentáculos de pulpo... Yo no entro ni salgo en esas cuestiones; en ciertos aspectos, la «Sibra» merece nuestra admiración. Aquí, de lo que se trata, es de contar cosas y que cada cual saque sus propias consecuencias. Según mis noticias, la «Sibra»...

Aelia calló súbitamente.

De alguna parte llegó un rayo de luz, que alcanzó directamente su pecho. Un segundo más tarde, Aelia era sólo un montoncito de cenizas.

En el estudio sonaron chillidos de espanto. Alguien cortó la emisión.

Bord se quedó estupefacto y anonadado.

—¡La han asesinado! —exclamó Vyra, adivinando instantáneamente lo sucedido.

* * *

Vyra abrió la puerta de la casa y estudió el rostro de Bord, que aparecía lleno de sombras.

—Ya sé cómo lo hicieron —dijo.

Bord había ido a la emisora, para adquirir detalles de lo sucedido. Conocía a un alto cargo y ello le había permitido interrogar a los directamente implicados en el asunto, aunque fuese de manera involuntaria.

—Le daré algo de beber, señor —manifestó el robot.

Bord se sentó en el diván. Cuando Vyra le trajo la copa, tomó un sorbo. Al cabo de unos segundos, empezó a hablar:

—Había una desintegradora en la cámara que la enfocaba en aquellos momentos. Nadie sabe cómo sucedió, pero el caso es que Aelia ha muerto, sin poder hablar.

—¿Se siente culpable, señor?

—No sé qué decirte... Yo pensaba presionar un poco a la «Sibra»,

pero..., ahora me doy cuenta de su inmenso poderío. No resultará fácil, ¿sabes?

—El señor acabará por conseguirlo —dijo Vyra confiadamente.

—Lo dudo mucho. El cámara desapareció, aprovechando la confusión provocada por el suceso y nadie sabe dónde está.

—Lo sobornaron —apuntó el robot.

—Sí, seguro.

Callaron un momento. Luego, Vyra, dijo:

—Ese soborno debió de costar un montón de dinero, señor.

—Bueno, no es dinero precisamente lo que le falta a la «Sibra». Pero, a decir verdad, no me gustaría estar en el pellejo del hombre que manejaba la cámara.

—¿Por qué?

—No era un profesional en el que se pudiera confiar, Vyra. Tenían que hacerlo así, no sólo para evitar que Aelia revelase la verdad, sino también como una especie de escarmiento. Lo vieron millones de personas.

—Sí, es verdad.

—Y el cámara creerá que va a vivir como un nabab, con el dinero del soborno, y alguien, antes de que pueda gastarse siquiera cien «pavos», le tapará la boca.

—Habrá que pensar que la fama de la «Sibra» está más que justificada —dijo Vyra.

—Lo está. Pero, en fin, tendremos que dejar este asunto por el momento, para concentrarnos en Aquileia.

—Ahora ya sabe como entrar. ¿Qué piensa hacer, señor?

Bord meditó unos instantes. Luego agitó una mano:

—Voy a afeitarme —dijo—. Busca en la guía el videófono de Drona Mirr. Pídele hora para una entrevista.

—El señor me decepciona —dijo Vyra.

—¿Por qué? —preguntó Bord, alzando las cejas.

—¡Consultar a una embaucadora! Es indignante...

—Vyra, no te tengo para que critiques mis decisiones, sino para que obedezcas mis órdenes. ¿Estamos?

—Lo siento, señor —se disculpó el robot.

—Haz lo que te he dicho. Volveré dentro de diez minutos.

Bord fue al baño. Al regresar, Vyra dijo:

—La señora Mirr le recibirá dentro de tres días, a las once y

treinta en punto de la mañana, señor.

—Muy bien. Eso me deja margen para echar un nuevo vistazo a Aquileia.

—¿Podré acompañarle, señor? —suplicó Vyra.

—Sí, necesito que alguien lleve una bolsa con bocadillos y cerveza —contestó Bord con displicencia.

* * *

AI llegar a la cumbre del pico Durlock, Bord sacó una estaquilla de madera y la hincó en el suelo, con unos cuantos golpes de martillo. Luego retrocedió un par de pasos.

—¿Por qué hace eso, señor? —preguntó Vyra.

—Lo sabrás muy pronto —contestó él enigmáticamente.

Consultó la hora. Faltaban escasos minutos para las doce del mediodía. A casi cuatro kilómetros de distancia, Aquileia brillaba como una joya purísima, resplandeciendo sobre las invisibles columnas que sustentaban su estructura.

La esfera de energía resultaba invisible. Bord buscó una piedra y se sentó tranquilamente. De cuando en cuando, consultaba su reloj de pulsera.

A las doce menos algunos segundos, algo pareció bajar del cielo.

Vyra lanzó una exclamación. El sol emitía un delgadísimo rayo, completamente vertical, que parecía un hilo de oro puro. Aquel hilo se ensanchó gradualmente, hasta convertirse en una columna, cuyo diámetro, calculó Bord, no era inferior en modo alguno a los doce o quince metros.

La columna alcanzó su máximo grosor y empezó a adelgazar. Ochenta segundos más tarde, había desaparecido por completo.

—Fantástico, señor —dijo Vyra.

—Bien, habrá que cabalgar en ese rayo de sol, para entrar en Aquileia —sonrió él—. Vyra, dame un bocadillo y una lata de cerveza.

—Sí, señor.

Transcurrió un cuarto de hora. Bord había terminado ya de comer.

—¿Nos vamos, señor? —consultó el robot.

—Espera.

Vyra guardó silencio. Unos minutos más tarde, vieron algo que se acercaba rápidamente a la cumbre de la montaña.

Sypphun llegó poco después, en su trineo tirado por los Doberman gigantes.

—De nuevo están molestándome —dijo, hostil—. ¿Quieren que suelte los perros?

—Primeramente, hable en singular, puesto que sólo yo, como humano, soy el responsable de mis actos, y mi robot se limita a obedecerme —contestó Bord, impasible—. Y en segundo lugar —sacó la pistola de láser—, suelte a sus perros y se los quemaré vivos. Mire ese mojón; señala exactamente los límites de su propiedad y nosotros estamos fuera de ella. Por tanto, puedo permanecer aquí todo el tiempo que se me antoje, por mucho que le moleste.

Sypphun apretó los delgados labios.

—Es usted muy astuto, señor Bord —elogió—. ¿Qué puedo haber hecho yo de malo, para merecer tanto su atención?

—Se lo dije la última vez: tiene algo robado en su castillo y yo quiero recuperarlo.

—Si fuese eso cierto, para conseguirlo tendría que entrar en Aquileia y eso es imposible.

—Tal vez sí, tal vez no. También es cierto que si consigo recuperar ese objeto, usted no podrá protestar y deberá resignarse.

Una ligera sonrisa animó el rostro de Sypphun.

—¿Sabe?, me dan ganas de invitarle a la fiesta que daré la próxima semana. Podría autorizarle, incluso, a que recorriese libremente el interior de Aquileia. Hasta sería capaz de dejar abierta mi caja fuerte. Le aseguro que no encontraría lo que busca.

—Si me invitase, aceptaría encantado —contestó Bord.

Sypphun hizo una ligera reverencia.

—En tal caso, le enviaré la invitación por correo. Bastaría mi palabra, pero el servicio de seguridad le exigirá la presentación de la tarjeta. Por supuesto, puede venir acompañado de la persona que prefiera, una bella dama, con toda seguridad.

Bord se inclinó también.

—Será un placer, gozar de la hospitalidad del dueño de Aquileia —repuso cortésmente.

Sypphun volvió a sonreír.

—Nos veremos en la fiesta —se despidió.

Tiró de las riendas y los perros arrancaron a toda velocidad, ladera abajo. Bord contempló la rápida marcha del trineo,

pellizcándose pensativamente el labio inferior.

—¿Piensa asistir, señor? —preguntó Vyra.

—¿Eh? Oh, perdona, estaba distraído... ¡Pues claro que pienso asistir! Es un reto que no puedo dejar de aceptar por nada del mundo.

—Si ha dicho eso, es porque tiene el diamante en otra parte.

—No, no lo creas. Pese a todo, sigue considerando que Aquileia es el mejor lugar para esconder esa joya.

—Aunque sea así, sospecho que la va a tender una encerrona —dijo Vyra.

—Es probable. Pero eso hace más atractiva la invitación. Será una jornada maravillosa, créeme.

—Tengo que resignarme a su voluntad, señor. Pero, al menos, ¿me permitirá que le acompañe?

Bord se volvió y la miró desdeñosamente, de pies a cabeza.

—¿Acompañarme tú, un robot? Sólo a ti, precisamente, una máquina, podría ocurrírsele semejante tontería. Llevaré a una bella dama, tal como ha dicho Sypphun. Es lo adecuado para esta clase de fiestas.

—Seguramente no le faltará compañía —dijo Vyra.

—Eso espero —sonrió Bord enigmáticamente—. Y ahora, regresemos —dijo, a la vez que iniciaba el descenso por la contrapendiente—. Aunque Sypphun no lo sabe, yo buscaba precisamente esa invitación para entrar en Aquileia y lo he conseguido.

—¿Cómo? ¿Sabía que...?

—Isabel Durmo me telefoneó, para informarme de esa fiesta, a la que asistiría en compañía de su esposo y a la que asistirán también los seis restantes miembros de la «Sibra», como no podía por menos de suceder.

Vyra le miró con asombro.

—Con razón le consideran el número uno de la profesión —dijo.

CAPÍTULO VII

Un gigantesco sujeto de color, ataviado con turbante, chaleco y pantalones bombachos, todo ello de tejido dorado, recibió a Bord dos días después en el perfumado vestíbulo de la residencia de Drona Mirr. Bord dio su nombre y el criado le hizo pasar a una pequeña estancia, de forma circular, cuyas paredes estaban cubiertas por unos espesos cortinajes de terciopelo rojo.

En el centro había una mesa, con una bola de vidrio, y dos sillas a ambos lados de la mesa. Bord se sentó y aguardó.

Pasados un par de minutos, las cortinas se movieron y entró la vidente. Bord se puso en pie.

—Desea consultarme sobre algún problema personal —dijo Drona con voz penetrante, pero de tonos graves.

Bord le enseñó un diario.

—A pesar de que nos hallamos en pleno siglo XXIII, los periódicos siguen siendo todavía necesarios —sonrió—. La información que dio sobre el minero al que se creía muerto, resultó ser sorprendentemente exacta y se le pudo rescatar todavía con vida.

—Cuando me concentro, soy capaz de traspasar con mi mente los más espesos muros —respondió Drona, a la vez que tomaba asiento—. Exprésame su problema con toda confianza; nada de lo que se diga aquí volverá a ser repetido jamás en ninguna otra parte, a menos que el interesado lo permita.

—Gracias, señora.

Hubo un momento de silencio. Bord tenía los ojos fijos en el hermoso rostro de la vidente. De pronto, sonrió.

—Hubo un tiempo en que te llamabas Betty Ross —dijo—. ¿Cómo se te ocurrió meterte a adivina?

Drona hizo un gesto.

—Sabía que me reconocerías, Bertin —contestó—. La verdad, no sé bien cómo sucedió. Hace un par de años, viajé a Forgols V. Me dijeron que allí podía hacer buenas recaudaciones. Las terrestres son muy apreciadas, ¿sabes?

—No me lo jures —dijo él—. ¿Y...?

—Parece ser que uno de los generadores auxiliares de la nave tuvo un ligero escape, prontamente reparado, sin embargo. Mi camarote era uno de los más próximos y el médico que me examinó dijo que tal vez había sido alcanzada por las radiaciones, aunque no encontró rastros nocivos en mi organismo. Pero, a partir de aquel momento, se operó en mí una mutación y empecé a notar que tenía una gran potencia mental y a ver cosas que no podía divisar con los ojos, por estar ocultas por diversos obstáculos. Consulté más adelante con otro médico y me dijo algo sobre estímulo de la potencia mental... Dijo algo sobre la metáfora del huevo conservado mucho tiempo y que luego es incubado y nace un hermoso pájaro...

—Y tú tenías ese huevo en el cerebro y el escape del generador lo «incubó» y desarrolló tus poderes mentales.

—Exacto. Entonces, decidí dejar la otra profesión y me dediqué a adivina. Mucho más descansada, si quiero a un hombre, lo tomo, en lugar de soportarlo, gano dinero... ¿Puedo pedir algo más?

—Evidentemente, no —sonrió Bord—. Betty... Perdón, Drona. Una vez te hice un favor.

—Aquel ladrón me robó el bolso con joyas y dinero y tú le echaste en guante, y conseguiste recuperarlo todo —sonrió la vidente—. Está bien, favor por favor. ¿Qué quieres saber?

Bord le enseñó una fotografía.

—Se llama Alonso Durmo —dijo—. Reside en el número doce mil trescientos dos de la undécima Ronda. ¿Serías capaz de penetrar en su mente?

—Bertín, por ética, no puedo hacer lo que me pides —respondió la vidente.

—No quiero que adivines sus pensamientos —contestó él—. Sólo quiero que pases a través de su cráneo y me digas qué hay en el interior.

—Un cerebro, ¿no?

—Por favor, Drona.

—Está bien.

Drona apoyó los codos en la mesa y se puso una mano en la frente, apoyando la otra en la bola de cristal. A los pocos segundos, las luces de la estancia, hábilmente disimuladas, se atenuaron hasta apagarse casi por completo. La bola, sin embargo, resplandecía con una luz perlina, muy brillante, pero no perjudicial para las retinas.

Transcurrió un largo minuto. De pronto, Drona sufrió una fuerte sacudida.

—¡No, no es posible! —gritó.

Las luces recobraron su potencia normal. Ella le miró con ojos desorbitados. Su frente estaba cubierta de Sudor.

—Bertin, he visto algo espantoso —dijo.

—No es un cerebro humano, ¿verdad?

—No lo es —confirmó la vidente.

—Gracias. Otro esfuerzo más, por favor.

—No me agotes, Bertin —rogó ella.

—Si quieres, puedo esperar a que te repongas.

—¿Lo necesitas con urgencia?

Bord se puso en pie.

—Casi podría decir que, con lo que me has dicho, tengo más que suficiente —contestó—. La otra consulta es de importancia relativamente secundaria. Volveré otro día, gracias.

Drona sonrió.

—Aguarda un poco —rogó—. Ciertamente, he hecho un gran esfuerzo mental. Hay preguntas que son facilísimas de contestar, pero la tuya encerraba una gran dificultad. Había una tremenda barrera que casi me impidió llegar hasta el interior de la cabeza de ese robot. Pero si permites que me relaje durante un par de horas, podré realizar un nuevo esfuerzo.

—Muy bien, entonces, volveré…

—¿Volverás? —rió ella—. Te quedarás aquí, conmigo —exclamó —. Y tomaremos una copa de champaña, para celebrar este feliz encuentro. ¿Te parece bien? —le guiñó un ojo—. Además, conozco un procedimiento magnifico para relajarme del todo, claro que necesito la colaboración…, de un hombre.

Bord sonrió también.

—En tal caso, acepto encantado —repuso.

Drona tocó un timbre oculto. El gigantesco criado apareció a los

pocos instantes.

—Khabul, cancela los restantes compromisos de esta tarde —ordenó Drona—. Luego, llévame una botella de champaña y dos copas a mis habitaciones privadas.

—Bien, señora.

Drona se colgó del brazo de Bord y tiró de él, a través de un penumbroso corredor, hasta hallarse en un vasto dormitorio, con ventanales de vidrio polarizable.

La estancia era enorme. La cama se hallaba sobre un estrado, cubierto de pieles, al que se accedía por una escalera de cinco peldaños. En el lado opuesto, se veía una colosal bañera, hundida en el suelo, que más parecía una piscina para nadadores.

Junto a uno de los ventanales había un par de divanes y una mesa. Drona llevó allí a su huésped y luego se quitó la túnica de color negro que vestía, quedando solamente con las prendas íntimas, de muy poca cantidad de tejido.

—Voy a empezar mi relajamiento —anunció.

Caminó unos pasos y se sumergió en la bañera, dando algunas brazadas de un lado a otro. Khabul entró a poco con una bandeja, que dejó sobre la mesa, retirándose en completo silencio.

Drona salió de la bañera unos minutos más tarde. Ahora no llevaba nada encima.

Sonrió, mientras se situaba en una plataforma. Una cúpula descendió del techo y potentes chorros de aire caliente la secaron en pocos momentos. Luego se acercó al joven.

—Debieras haber descorchado la botella —dijo.

—Lo haré ahora mismo —contestó él.

Sonó un taponazo. Bord llenó las copas. Drona alzó la suya.

—Por el feliz accidente que cambió mi vida —brindó.

Y bebió el champaña de un trago.

Bord acercó su copa a los labios. De pronto, notó un extraño olorcillo y torció el gesto.

Drona agarró la botella y llenó su copa nuevamente.

—¿Qué te pasa? —preguntó—. ¿No te agrada el champaña?

Bord agarró la botella y examinó la etiqueta. Frunció el ceño.

—Es una marca nueva —observó.

—No me he fijado. Khabul es quien se encarga de comprar las bebidas. ¿Qué sucede? ¿Sospechas algo?

—El olor…

—Vamos, no seas aprensivo —rió ella—. ¿Acaso crees que Khabul querría envenenarme? Es un robot y los robots no pueden dañar a sus amos.

Drona vació la segunda copa. De repente, la copa se deslizó de sus dedos y cayó al suelo, rompiéndose en mil pedazos.

Bord se puso en pie. Drona tenía una mano en la garganta y sus ojos parecían ir a salírsele de las órbitas.

—Bertin… —tartajeó, como si tuviera la garganta taponada con estopa—. No…, sé lo…, que me sucede…

—Espera —dijo él—. Tiéndete en un diván. Llamaremos a un médico.

La piel de la vidente se puso súbitamente de color azulado. Dijo algo, pero las palabras explotaban en sus labios ininteligiblemente. Vaciló y Bord alargó una mano, para sostenerla por un brazo.

De pronto, todo el cuerpo de Drona quedó envuelto por un extraño polvo azulado, que parecía manar de su epidermis. Ella ya no emitía el menor sonido.

En unos instantes, Drona se deshizo de una manera absoluta, convirtiéndose en polvo. Bord retrocedió, impresionado a su pesar, contemplando con ojos aterrados aquel montoncito de sustancia azulada en que se había convertido la hermosa vidente.

Estuvo quieto unos segundos. Luego, de súbito, se lanzó hacia la puerta y lanzó un potente grito, para llamar al criado.

Pero Khabul no le contestó.

* * *

—El asesino empleó H.A.D. —dijo Bord horas más larde, mientras aceptaba la taza de café que le tendía Vyra.

—¿Qué es H.A.D.? —preguntó el robot.

—Hiperácido disolvente. Aunque la palabra disolvente puede ser sustituida por desintegrante. El nombre no hace a la cosa, sin embargo. Los resultados son idénticos: la persona que ingiere una dosis de esa terrorífica sustancia, se convierte en polvo.

—Y eso es lo que le hicieron a Drona.

—Sí.

—Seguramente, en venganza por haber adivinado…

—Aún tenía que hacerle otra pregunta. No pude.

—¿Era más importante que la primera?

—Habría sido la absoluta corroboración de las sospechas que tenemos sobre el caso.

—Bueno, pero eso se puede solucionar fácilmente. Basta con denunciarlo...

—No, no es tan sencillo como crees. Y menos en el caso de los directivos de la «Sibra». Si son robots, no puedes pedir que los examinen personas competentes, a menos que ellos mismos lo autoricen. Y, como comprenderás, están instruidos para no admitir esa solución.

—Es decir, lo sabemos, pero no podemos probarlo.

—Exactamente.

—En tal caso, habrá que aguardar a la fiesta.

—Sí.

Bord se levantó y empezó a pasearse nerviosamente por la estancia.

—Fui un tonto —dijo—. Debí haber empezado por el diamante. Ahora sabría dónde está...

—¿Por qué no lo hizo?

—Ese diamante tiene propiedades muy peculiares. Tal vez, si Drona pensaba en él y alguien lo observaba en aquel momento, podía saber que yo estaba con la vidente. Y podía dañarla de algún modo..., pero no me imaginé que el champaña estuviese envenenado con H.A.D.

—Si los directivos de la «Sibra» son robots, los auténticos deben de estar enterrados en alguna parte. Basta encontrar sus cuerpos y...

—Eso es lo que también quería preguntar a Drona. Porque el lugar de reunión es absolutamente secreto y nadie sabe dónde está.

—Habrá que aguardar a la fiesta que dará Sypphun, ¿no es así?

Bord meditó unos instantes. Luego, de pronto, chasqueó los dedos.

—Creo que sé cómo encontrar una pista —exclamó. Señaló el videófono—. Llama a Isabel Durmo y pregúntale cuándo puede recibirme.

—Bien, señor.

Vyra se fue hacia el aparato. El rostro de un hombre apareció a los pocos instantes en la pantalla. Vyra manifestó que deseaba hablar con la señora Durmo. Isabel contestó en seguida.

—Señora, el señor Bord pregunta cuándo podrá usted recibirle

—dijo.

Junto a la cara de Isabel, apareció la del mismo individuo.

—Pero, hombre, esas cosas no se consultan siquiera. Dígale al señor Bord, mi viejo amigo, que puede venir a mi casa cuando guste, sin necesidad de avisar en ningún momento.

—Muchas gracias, señor.

Vyra se volvió hacia el joven.

—¿Ha oído, señor?

—Sí —contestó él.

—Ese hombre, ¿era o no era el señor Durmo?

—No me atrevo a dar una respuesta definitiva —dijo Bord, completamente desconcertado.

CAPÍTULO VIII

—Tienes que venir por aquí con más frecuencia —dijo Durmo, después de que el visitante anunciara sus intenciones de marcharse —. Isabel y yo te apreciamos muchísimo y no nos gusta que seas tan caro de ver.

—Suelo tener bastante trabajo —contestó Bord—. De todas formas, te lo agradezco, Alonso.

—A propósito, irás a la fiesta que da nuestro secretario general ejecutivo, Sypphun, en su castillo flotante.

—Me invitó personalmente. Sí, será interesante. Iré, Alonso.

—Muy bien, allí nos veremos.

—No dejes de asistir —terció Isabel, sonriendo.

—Ya lo he arreglado todo para no tener un compromiso ese día —contestó Bord—. Por cierto, Alonso, debo pedirte un favor.

—Claro, hombre, lo que quieras —accedió Durmo—, ¿De qué se trata?

—He venido en un helitaxi. Mi aeromóvil se averió ligeramente y todavía no lo han reparado. ¿Puedes prestarme el tuyo por unas horas? El pequeño, claro.

—Hombre, no faltaría más. Llévatelo y devuélvelo cuando te parezca.

—Gracias, Alonso. Isabel, no sabes cuánto me alegro de haberte visto.

—Vuelve pronto —sonrió ella.

Bord abandonó la residencia. Alonso le acompañó hasta la explanada posterior, en donde había dos aeromóviles. Bord se sentó en el puesto del piloto del más pequeño, capaz solamente para dos plazas, y despegó de inmediato.

Media hora después, entraba en su casa, con un objeto en la

mano.

—¿Qué es eso? —preguntó Vyra.

—En seguida lo sabrás —contestó él.

Bord fue a su despacho y puso aquella cosa, plana, semejante a una tableta de chocolate, en el alvéolo de un proyector especial. Vyra le había seguido y se mantuvo en pie junto a la mesa.

Las manos del joven manipularon delicadamente en los mandos del proyector. Este disponía de una pantalla incorporada, de cincuenta por cuarenta centímetros, aunque sus imágenes podían proyectarse en otra mayor, si se estimaba necesario.

En la parte inferior de la pantalla aparecían las cifras correspondientes a la hora, día, mes y año. Bord buscó la fecha adecuada v empezó la proyección.

—Va a resultar largo —dijo, a la vez que se reclinaba en el sillón y ponía las manos sobre el estómago.

—¿Puedo saber de qué se trata? —preguntó Vyra.

—Claro. Es el registro de vuelo del aeromóvil de Durmo, correspondiente al día en que se celebró la última reunión secreta de los siete directivos de la «Sibra». En esa cinta están registrados todos los movimientos del aparato, desde su partida de la residencia hasta el punto de reunión. Y regreso, naturalmente.

—¿Regreso? ¿Y si no volvió y el que lo hizo en su lugar fue un robot?

—Si fue un robot, tuvo que actuar exactamente igual que como él lo habría hecho.

—Es decir, regresar de la reunión con toda normalidad.

—Sí, justamente.

—Bien, puesto que hay para rato, creo que la gustará tomar algo.

—Café solamente, gracias.

—Sí, señor.

Bord continuó en el sillón, contemplando las imágenes, que reproducían exactamente una panorámica del suelo, captada desde una distancia media de tres mil metros. Aquella grabación tenía un objeto: reproducir el vuelo y programarlo automáticamente, de modo que no fuera necesaria la intervención del piloto, si se repetía el viaje. Los sensibles detectores del aeromóvil, una vez introducidos los datos pertinentes en el ordenador de a bordo,

aliviaban al piloto de toda tarea.

Aproximadamente una hora y diez minutos más tarde, Bord vio que la tierra se acercaba, lo cual iniciaba el descenso del aeromóvil. Momentos más tarde, vio unas instalaciones mineras, en las que se apreciaban claras señales de abandono.

Sobre Uno de los edificios había un rótulo, en el que podía leerse claramente el nombre de la empresa:

COMPAÑIA GENERAL DE MINAS DEL NOROESTE.

—Ahora ya sabemos dónde se reunía el «staff» de la «Sibra» —dijo, satisfecho.

—Iremos allí, supongo —apuntó Vyra.

—Mañana. Hoy es ya demasiado tarde y, aparte de eso, quiero reproducir la grabación, para el ordenador de mi aeromóvil.

—Perfectamente. Ah, señor, olvidaba una cosa. Ha llegado la invitación para la fiesta.

—Estupendo —sonrió el joven.

—¿Puedo preguntar al señor quién será su acompañante?

Bord se volvió y miró al robot con un solo ojo.

—Vas a saberlo en seguida —contestó.

Alargó la mano y tocó unas cuantas teclas en el videófono. A los pocos instantes, surgió un rostro femenino en la pantalla.

—Señor Bord —dijo Morwenna D'Hrun.

—Hola —saludó él—. Morwenna, tengo una invitación para la fiesta que Sypphard Sypphun da la semana próxima en Aquileia. Puedo llevar un acompañante y he pensado en ti, si no tienes ningún compromiso.

—Ninguno —respondió la joven—. De modo que ese miserable da una fiesta.

—Así es.

—Y precisamente en Aquileia.

—Exacto.

—Sypphun tiene una cara dura espantosa. ¿No te parece, Bertin?

—Estoy de acuerdo contigo, Morwenna.

—Debe de sentirse muy seguro, cuando nos invita a esa fiesta. ¿No teme que recuperemos el diamante?

—Calculo que lo tiene muy bien escondido, porque me dijo que permitiría que recorriese el castillo, sin limitación alguna. De todos modos, es un medio para conseguir recuperar el diamante y no

pienso desaprovecharlo.

Morwenna se echó a reír.

—Bien, será cosa de encargar un vestido apropiado —dijo—. Gracias por la invitación, Bertin.

—Pasaré a recogerte el día de la fiesta —se despidió él.

—De modo que ella va a ser su acompañante —dijo Vyra instantes más tarde.

—Sí —confirmó Bord—. ¿Alguna objeción?

Vyra «sonrió».

—En absoluto. Morwenna es la persona más adecuada para asistir a una fiesta, en la que los siete principales invitados serán otros tantos robots.

* * *

El aeromóvil dio una vuelta sobre las instalaciones mineras y luego tomó tierra a poca distancia de los edificios, algunos de los cuales se habían derrumbado ya en parte a causa de la falta de cuidado. Bord y el robot se apearon de inmediato.

Reinaba un silencio absoluto, sólo interrumpido por ocasionales silbidos del viento. El abandono era total y las plantas crecían libremente por todas partes.

—¿Aquí se reunía la plana mayor de la «Sibra»? —dijo Vyra, estupefacta.

—No te vayas a creer que la sala de juntas estaba en uno de esos ruinosos barracones. Seguramente, tendrían una habitación subterránea, muy bien acondicionada y, naturalmente, ignorada del resto de la gente. Probablemente, también estaba a prueba de detección y escucha ajenas y...

Una voz colérica interrumpió de repente al joven.

—¡Eh! Oigan, ¿qué diablos hacen aquí? Esto es propiedad particular, ¿no lo sabían?

Un hombre de mediana edad, con barba de varias semanas, apareció por la esquina de uno de los edificios, armado con un viejo fusil de combustión química.

El arma era muy anticuada, pero Bord la contempló con respeto. Su calibre era de 5'5 mm. y tenía un cargador de treinta proyectiles, que podía disparar en tres segundos. El dispositivo anulador de retroceso permitiría a su dueño apuntar con toda seguridad.

—Perdón, amigo —dijo—. Me llamo Jonathan Carmel. Ella es

mi secretaria. Estamos aquí porque tal vez me interese comprar esta mina.

—¿Comprar este montón de ruinas? —el hombre se echó a reír —. Se necesita estar loco para hacer una cosa semejante. Aquí no sacarían ustedes oro ni siquiera para fundir un anillo de compromiso.

—Bueno, tal vez sí —sonrió Bord—. ¿Cómo se llama usted, amigo?

—Ronn, Peter Ronn. Soy vigilante de las instalaciones.

Bord metió la mano en un bolsillo y sacó un par de billetes de a cien, que puso en las manos del sujeto.

—Peter, hay muchos procedimientos para conseguir oro —dijo.

Ronn contempló los billetes un instante, escupió a un lado y luego movió la mano con indiferencia.

—Está bien. Si se quiere arruinar, es cosa suya —dijo—. Miren por todas partes y no se preocupen por mí.

—Gracias. Vamos, Vyra.

Bord y el robot echaron a andar. Recorrieron unos cuantos edificios, cubiertos de polvo y llenos de telarañas por su interior y luego se detuvieron ante el castillete del ascensor.

Bord se asomó al pozo. Estaba cegado por un violento desprendimiento de tierra a cuatro o cinco metros del borde.

Durante unos segundos, contempló el espectáculo. Luego se volvió hacia Vyra.

—Están allá abajo —murmuró.

—¿Sí? —dijo Vyra, muy seria.

—Alguien voló el pozo. Fíjate, todas las instalaciones están en ruinas, menos la maquinaria del ascensor, que se encuentra en perfectas condiciones, en la parte exterior, claro. ¿Te das cuenta de lo que eso significa?

—Pueden hallarse a cientos de metros de profundidad —apuntó el robot.

—Pero quizá este pozo no sea el único acceso al lugar de reuniones.

—Es posible. ¿Cómo lo sabríamos?

Bord meditó unos instantes.

—Hay un registro general de minas. Investigaremos allí —contestó al cabo.

—El plano de la mina —adivinó ella.

—Exactamente.

Bord dio media vuelta y echó a andar. De repente, Ronn apareció ante sus ojos, surgiendo de la esquina más próxima.

—Lo siento —dijo el individuo, a la vez que se echaba el fusil a la cara—. He informado de su presencia al dueño de la mina y me ha dicho que no existe ningún Jonathan Carmel. Tengo órdenes de liquidarles a los dos y eso es lo que voy a hacer.

El fusil tableteó secamente, Bord y Vyra sufrieron unas fuertes sacudidas y se desplomaron al suelo.

CAPÍTULO IX

Ronn se pasó la lengua reseca por los labios. Al cabo de unos segundos, se acercó a los dos cuerpos caídos en la tierra.

Allí sucedía algo raro, se dijo. Súbitamente, una mano golpeó el fusil y lo lanzó a unos metros de distancia.

Ronn gritó. Bord se puso en pie de un salto. El vigilante quiso recobrar el arma, pero Bord era mucho más rápido.

Vyra se sentó en el suelo. Bord se acercó al hombre, le quitó un cargador y lo puso en el fusil. Luego tiró del cerrojo y apoyó la boca del arma en el estómago del sujeto.

—Ronn, sé que no lo ha hecho por maldad, sino porque creyó era su deber —dijo el joven—. ¿Quién se lo ordenó?

—E..., el dueño —contestó Ronn, que aún no había salido de su asombro.

—Eso significa que se comunicó con él por videófono.

—Sí, señor.

—Y ahora tiene que informarle que ha ejecutado sus órdenes.

Ronn asintió. Bord le empujó con el fusil.

—Vamos a decírselo —exclamó.

El vigilante dio media vuelta y caminó hacia un barracón, en mejores condiciones que los restantes. El videófono estaba sobre una repisa y Ronn se acercó al aparato.

—Hable con naturalidad. Dígale que ha cumplido la orden y pregúntele qué hace con nuestros cuerpos —ordenó Bord, quien había procurado situarse fuera del campo visual del objetivo del videófono.

Ronn miró de reojo al fusil, que le apuntaba inexorablemente al cuerpo. Suspiró y marcó un número. A los pocos instantes, se iluminó la pantalla.

—Ya está —dijo el hombre.

—Muy bien. Abandone la mina. No se preocupe más por la vigilancia.

—Sí, señor.

La pantalla se apagó. Ronn se volvió hacia el joven.

—He hecho lo que quería —dijo—. ¿Y ahora…?

—¿Cómo piensa marcharse de aquí, Peter?

—Tengo mi aeromóvil en un cobertizo…

—Vamos allá.

Ronn echó a andar. El aparato, en perfectas condiciones, se hallaba, efectivamente, en el lugar señalado. Bord se metió en el interior y lo examinó con todo detenimiento.

Al cabo de unos segundos, se decidió a actuar. Manipuló en el tablero de mandos y programó el viaje de regreso. Luego salió del aparato.

—Peter, usted se vendrá con nosotros —dijo.

El otro aeromóvil salió lentamente del cobertizo y empezó a elevarse, con gradual velocidad. De repente, cuando estaba a unos doscientos cincuenta metros de altura, se produjo una espantosa explosión.

El aparato se desintegró literalmente en el aire. Trozos de metal incandescente cayeron por todas partes. Ronn se sentía aterrado.

—Ahí tiene su recompensa por la fidelidad hacia ese sujeto —dijo Bord àcidamente.

Ronn se pasó una mano por la cara.

—Bastardo, maldito hijo de perra…

—Peter, el pozo de la mina está hundido —dijo Bord—. ¿Hay algún otro acceso?

El hombre le miró fijamente.

—Si no es así, iría a buscar los planos en algún sitio —añadió el joven.

—No hace falta —contestó el vigilante—. Conozco esta mina como si yo mismo hubiera hecho los planos. Hay otro acceso a la galería principal, pero está a tres kilómetros de distancia y carece de ascensor.

—Sin embargo, desde allí se pueden recorrer todas las galerías.

—Sí, señor.

—Bien, en tal caso, no perdamos más tiempo. Vamos allá, Peter.

—Necesitaremos lámparas —dijo Ronn—. Traeré un par de ellas.

Ronn se alejó. Vyra se volvió hacia el joven.

—Me creí destruida —dijo—. ¿Cómo no nos destrozaron las balas?

Bord sonrió, mientras se señalaba el cinturón.

—Una esfera de energía —contestó—. Tú estabas a mi lado y ello evitó que los mecanismos que tienes envueltos en un cuerpo tan bonito quedaran para la chatarra.

—Tipo listo —comentó Vyra, sonriendo.

Ronn llegaba ya con dos enormes lámparas.

—Vamos —dijo.

* * *

La entrada de emergencia de la mina se hallaba al otro lado de una loma, en la que crecía abundantemente la vegetación. Ronn había llevado también un machete, con el que cortó parte de los arbustos que ocultaban la otra bocamina.

El pozo era vertical allí en unos veinte metros y se podía llegar al fondo, por medio de escaleras adosadas a la pared. A partir de este punto, empezaba la galería propiamente dicha, cuyo trazado tenía una inclinación de unos 18°, aproximadamente.

Ronn marchaba en primer lugar. Los pasos resonaban con tétricos ecos en la oscuridad de la galería. Una hora más tarde, habían recorrido tres kilómetros y se hallaban a casi seiscientos metros de profundidad.

Entonces, vieron un muro de cemento que les cerraba el paso.

—Lo construyeron hace un par de años —explicó Ronn—. No me dijeron los motivos…

—¿Sabe si es muy grueso, Peter? —preguntó el joven.

—Cinco metros, aproximadamente; tal vez unos centímetros más. Pero no se puede volar. Se hundiría el túnel también…

—Me lo imagino —dijo Bord—. De todos modos, hoy día hay métodos más eficaces que la dinamita para romper los muros.

Llevaba una mochila a la espalda y sacó una pistola solar.

—Retrocedan cien pasos —ordenó.

Vyra y el vigilante obedecieron. Bord se situó a unos quince o veinte metros del muro, apuntó y envió la primera descarga.

El cemento pareció resistir, pero, a la tercera descarga, empezó a tomar un color rojo oscuro, de significado harto comprensible. Bord

continuó su tarea hasta que, de pronto, el cemento se derritió como si fuese simple cera y empezó a correr por el suelo.

El calor era insoportable. Bord comprobó la carga de su pistola. Hizo un gesto de desagrado.

—Vyra —llamó.

—¿Señor?

—Toma esta pistola, sal afuera y exponla diez minutos a los rayos solares —ordenó.

—Sí, señor.

—Procura que no te vean.

—Descuide, señor.

Dos horas más tarde, Vyra regresó con el arma nuevamente recargada. EJ agujero causado en la primera etapa tenía unos treinta centímetros de diámetro. Bord lo ensanchó al doble.

—Ahora es preciso aguardar a que se enfríe el cemento —dijo.

Costó dos horas más. Al fin, pudieron pasar al otro lado.

El túnel, en aquel sector, estaba sorprendentemente bien conservado. Bord avanzó, seguido de Ronn y el robot, hasta detenerse ante una puerta blindada, cuya cerradura deshizo con una sola descarga.

Al otro lado había una estancia vacía. El aire era húmedo y olía a sudor y desechos orgánicos. Avanzó unos pasos más, abrió otra puerta y contempló un espectáculo singular.

Siete pares de ojos, en otros tantos rostros horriblemente pálidos y demacrados, le contemplaron con estupefacción. Uno de los hombres hizo un esfuerzo y se puso en pie, tambaleándose como un beodo.

—Bertin…

Bord avanzó hacia el sujeto y lo sostuvo en brazos.

—Alonso, buen amigo.

Estuvo así unos instantes y luego hizo una señal con la mano:

—Peter, Vyra, las cantimploras —ordenó.

Vyra avanzó con uno de los recipientes en las manos.

—Es usted infernalmente listo, señor Bord —dijo—. A ningún otro se le hubiera ocurrido traer agua.

Ronn ofrecía ya de beber a las mujeres. Los hombres alargaban ávidamente las manos hacia los otros recipientes.

Bord sostuvo a Alonso, mientras éste bebía ansiosamente. El

joven volvió los ojos hacia su robot.

—No costaba nada traer el agua —dijo—. Si estaban vivos, sería lo primero que necesitasen.

Vyra asintió. Durmo se sentó pesadamente en una butaca.

—No sé siquiera cómo hemos conseguido sobrevivir —manifestó —. A veces, las reuniones se prolongan jornadas enteras y necesitamos alimentarnos durante los descansos. Pero no contábamos con el traidor que nos iba a sepultar aquí, después de volar el pozo de acceso.

—Seguramente, hicieron un riguroso racionamiento de los víveres —adivinó Bord.

—Sí, pero se acabaron hace ya dos días. Esta mañana hemos consumido el último litro de agua.

Uno de los hombres se acercó a Bord.

—Joven, soy Ernest Guildfont —se presentó—. Pídame lo que quiera y se lo daré, aunque sea toda mi fortuna; no podría negarle nada al hombre que me ha salvado la vida.

Bord sonrió.

—Sí, tengo que pedirles algo —contestó—. Dos cosas, para ser exactos. La primera es que permanezcan aquí durante cuatro días más, aunque les cueste soportar el encierro. Ciertamente, les proveeremos de alimentos y también si necesitan alguna medicina. Pero necesito qué todo siga como hasta ahora; es decir, el hombre que los sepultó aquí, debe continuar en la creencia de que están muertos.

—Tienes algún plan, Bertin —adivinó Durmo.

—Justamente —respondió el joven—. Porque, además, tengo otro trabajo que hacer y ese individuo es el principal protagonista. Pero, si quieren devolverle la pelota, tendrán que continuar aquí ese tiempo.

Durmo se volvió hacia sus colegas.

—Conozco a Bord desde hace muchos años —exclamó—. Creo que debemos hacer lo que nos pide.

—Está bien —accedió Guildfont—. ¿Cuál es la segunda petición?

Una indefinible sonrisa apareció en el rostro del joven.

—Lo sabrán cuando todo haya terminado —respondió sibilinamente.

* * *

De nuevo estaban en el pico Durlock. Bord no había dado muchos detalles a su robot, quien le contemplaba con tranquila apariencia, mientras el investigador trabajaba activamente en algo que le parecía de gran importancia.

Estaban en la contrapendiente, de modo que no podían ser vistos desde Aquileia. Bord hizo las últimas operaciones y luego se retiró satisfecho, contemplando su obra con la sonrisa en los labios.

—No «picará» —dijo Vyra.

—No lo espero. Sólo quiero comprobar una cosa —respondió él.

El muñeco que tenía frente a sí era una exacta reproducción suya, sin que le faltase el menor detalle, incluso en las facciones. Sin embargo, no era un robot.

—¿Por qué no emplea un robot auténtico? —preguntó Vyra.

—Es muy sencillo. Sypphun notaría el engaño mucho antes —explicó el investigador—. Los detectores saben marcar perfectamente la diferencia entre un robot y un humano. Y, a fin de cuentas, el cinturón propulsor sirve tanto para un humano, como para un muñeco o un robot.

—De todos modos, si lo nota, de nada habrá servido la operación, salvo para que Sypphun sepa que está enterado de que usted conoce el punto débil de su esfera de energía.

—Tiene que saberlo ya. Y si no es así, entonces yo sabré, a mi vez, si ha instalado o no un sistema de defensa en ese punto débil.

—Y si no lo ha instalado...

—En tal caso, yo retiraré al muñeco antes de que se den cuenta y podré entrar en Aquileia, si fracaso en la fiesta.

—Me gustaría ser humano. Daría un suspiro y diría: «Suerte».

—Ah, si no suspiras no puedes decirlo —se picó Bord.

—Bueno, era un comentario...

Bord miró de reojo a su robot y sonrió enigmáticamente. Luego dijo:

—Basta de charlas. ¡Manos a la obra!

Tenía en las manos un aparato de control remoto y trepó los pocos metros que le separaban de la cumbre, tendiéndose en el suelo para que su silueta no destacase. Vyra le imitó.

Bord se puso unos anteojos-prismáticos, los enfocó y luego manejó el aparato de control remoto. El muñeco se elevó instantáneamente en el aire, en sentido vertical.

Pasados unos minutos, Bord lo hizo avanzar horizontalmente hacia la esfera que envolvía el castillo, pero a unos cuatro mil metros de altura, cosa que sabía merced al correspondiente detector que tenía en el aparato de control. Al mismo tiempo, consultaba el reloj con frecuencia, hasta que, de pronto, vio que faltaban escasos segundos para las doce.

—Ahora —anunció.

El muñeco descendió verticalmente, envuelto por aquel resplandeciente rayo de sol que traspasaba la esfera de energía. Bord lo guiaba con toda puntualidad, sin permitir que se desviase un solo centímetro de su trayectoria. Segundo después, se hallaba ya a pocos metros de una de las torres del castillo.

—No parece que haya contramedidas... —empezó a decir Bord, pero, en el mismo momento, el muñeco ardió con vivas llamaradas, convertidas en negro humo instantes más tarde.

—Hay defensas —dijo Vyra.

—Sí, y muy eficaces —convino él—. Pero ya sé que por ahí no puedo entrar.

—Entonces, se resigna a la fiesta.

—¡Qué remedio! —suspiró él.

—¿Puedo preguntar al señor qué contramedida ha empleado Sypphun?

—Seguramente, un cañón térmico, con mecanismo de disparo por proximidad. Ese cañón se dispara en determinadas condiciones; es decir, si alguien viene por una ruta prohibida. En todos los demás sentidos, es inofensivo.

—Comprendo. Muchas gracias, señor. ¿Regresamos?

—Claro.

Momentos después, en el helicóptero, Vyra hizo otra pregunta:

—¿Cree el señor que Sypphun habrá tragado el anzuelo?

—Todo depende del forense —contestó Bord.

—¿Del forense? —se sorprendió Vyra.

—O del médico que examine los restos que hayan podido quedar del muñeco.

CAPÍTULO X

—El señor me permitirá salir —dijo Vyra—. Es preciso reponer algunas provisiones y prefiero elegir personalmente los artículos, en lugar de encargarlos por videófono.

—Me parece muy bien —accedió Bord—. Sólo que, en tu caso, «personalmente», es una palabra inadecuada.

—Lo siento, señor; era una especie de metáfora...

Bord hizo un ademán.

—Puedes marcharte —dijo.

Vyra echó a andar. Segundos más tarde, se oyó el zumbador del videófono.

Dio el contacto. Un rostro conocido apareció en la pantalla a los pocos instantes.

—Hola, Bertin —saludó Sypphun jovialmente—. Un truco magistral el suyo, debo reconocerlo.

—¿Ya lo ha averiguado? —preguntó el investigador.

—Sí, llamé a mi médico personal. Los restos que quedaron después de la descarga térmica fueron suficientes para conocer su origen. En efecto, un truco verdaderamente inteligente. A nadie sino a usted se le habría ocurrido construir un muñeco y rellenarlo con carne y huesos de animales.

—Más de media ternera —rió Bord—. Pero el detector de materia orgánica no hace distingos entre la carne de una vaca joven y la de un hombre.

—Lo he comprobado —repuso Sypphun—. Pudo haber empleado un robot, pero el detector de metales habría funcionado mucho antes.

—Además, había otro inconveniente.

—¿Cuál? Si puedo saberlo...

—Claro. Compare el precio de media ternera con el de un robot.

Sypphun lanzó una atroz carcajada.

—No hay duda alguna —respondió—. Estuvo con Green, supongo.

—Sí.

—De otro modo, no habría conocido el punto débil de mi esfera de energía.

—En efecto.

—Pero Green estaba obligado al secreto profesional...

—No cuando alguien le encarga otra construcción análoga a la suya, aunque más modesta, naturalmente.

—Entiendo. Bord, quiero que sepa una cosa. Le he enviado un obsequio. Acéptelo.

—Usted es mi enemigo. No se deben aceptar regalos de los enemigos —contestó el joven.

Sypphun emitió una risa singular y cortó el contacto. Bord cerró su videófono, sumamente preocupado. ¿A qué regalo podía referirse aquel sujeto?

Casi en el mismo instante, sonó el timbre de la puerta. Abandonó el despacho, cruzó el salón y abrió.

Entonces supo qué clase de obsequio le enviaba Sypphun.

—Hola —dijo Khabul.

* * *

Durante unos segundos, Bord contempló silenciosamente al gigantesco robot. Había adivinado en el acto cuáles eran sus intenciones.

—No podrás pasar —dijo al cabo—. Hay una barrera de energía que impide la entrada en mi casa, si yo no lo permito.

—Sí pasaré —aseguró Khabul tranquilamente.

Metió la mano en un bolsillo de su traje de una sola pieza y sacó algo parecido a un lápiz, bastante grueso, con el que trazó una línea en torno a la parte interior del marco de la puerta. A medida que el lápiz se movía, brotaba una estela de chispas muy pequeña, que se disipaba casi en el acto.

Bord retrocedió. Khabul usaba un destructor de barreras de energía, un arma ilegal, aunque sólo podía emplearse en barreras de poca potencia, como la suya, alimentada con la corriente eléctrica normal que llegaba a su apartamento. Para barreras mucho más

poderosas, como la que protegía a Aquileia, el aparato resultaba absolutamente inservible.

Al terminar, Khabul tiró el lápiz a un lado y dio dos pasos.

—Ya he entrado —dijo.

Bord se atiesó.

—Eres un robot. No puedes causar daño a un humano —exclamó.

—Estás equivocado. Soy humano, como tú.

—Drona no lo creía así...

Khabul sonrió extrañamente.

—En realidad, sólo mi rostro es el de Khabul —dijo—. Pero no te diré mi nombre verdadero.

—Ah, usas una máscara.

—Exacto.

Khabul avanzó dos pasos más. Bord continuó retrocediendo.

—Te romperé el cuello —anunció el gigante—. Luego te tiraré por la ventana. Hay cincuenta y dos pisos, creo.

—Cincuenta y tres.

—Mejor todavía.

De súbito, Khabul disparó sus dos manos, buscando el cuello del investigador. Pero en el mismo instante, lanzó un horrible chillido.

Brotaron chispas de sus nudillos y saltó hacia atrás, vivamente sorprendido.

—Tienes una barrera personal —dijo.

—No —sonrió Bord—. Simplemente, desprendo energía eléctrica.

Khabul alargó otra vez una mano. Volvieron a saltar chispas y se sintió fuertemente sacudido.

Sus ojos fueron al ancho cinturón del investigador.

—Comprendo —dijo.

De pronto, dio un tirón a su propio cinto y sacó un delgado hilo metálico, provisto de una bola en uno de sus extremos. El otro tenía un mango aislante.

—Para esa clase de escudos, hay un arma muy apropiada —dijo.

Hizo girar el cable por encima de su cabeza y luego lo lanzó, buscando que la bola tocase la hebilla del cinturón de Bord. Pero éste no cayó en el juego que quería su adversario.

Inesperadamente, Bord alargó ambas manos y, asiendo el cable,

dio un seco tirón, muy violento. Sorprendido, Khabul perdió el hilo de acero, que así pasó a poder del investigador. Bord no se estuvo quieto, sino que actuó con fulgurante instantaneidad. En fracciones de segundo, tuvo en sus manos el mango del cable, que se disparó hacia el cuello de Khabul, alrededor del cual se enroscó.

Bord dio otro tirón. Los ojos de Khabul se salieron de sus órbitas. Asomó la lengua. Chaspeó la tráquea. Las rodillas del gigante se doblaron y cayó al suelo, con la garganta destrozada, muerto en el acto.

Todavía agitó un poco los pies, pero era un movimiento independiente de su voluntad. Muy pronto se quedó quieto del todo.

Bord se secó con la manga el sudor de la frente. Se preguntó qué podía hacer con el cuerpo de Khabul. No sentía el menor interés por ver su rostro auténtico. De pronto, se le ocurrió una idea.

Un minuto más tarde, había puesto su propio cinturón propulsor en torno al corpachón del asesino. Buscó una caja de control remoto y programó una ruta determinada. Luego dio el contacto.

El cadáver se elevó, como si hubiese resucitado. Bord abrió la ventana y aquel cuerpo sin vida salió a través del hueco, perdiéndose de vista en contados segundos.

Bord sonrió. Sypphun vería regresar a Khabul. Pero muy pronto comprendería la verdad de lo sucedido.

Procuró dejar el apartamento en orden. Luego se sirvió una copa de jerez.

Vyra regresó poco más tarde, cargada con un montón de paquetes, de cuyo peso se apresuró él a aliviarla.

—Gracias, señor —dijo el robot—. ¿Desea tomar algo?

—No me apetece nada, gracias.

—Como guste el señor.

Bord se sentó en un diván y cruzó las piernas.

—Vyra —llamó de pronto.

El robot se dirigía hacia la cocina y se volvió.

—¿Señor?

—Tengo que ir a la fiesta que da Sypphun en Aquileia —dijo él —. No se fía del todo de mí, porque ha intentado asesinarme.

—Muy cierto, señor.

—Pero si asisto, me dejará recorrer libremente todo el castillo,

para que encuentre el diamante mental. Eso significa que lo tiene muy bien escondido.

—Indudablemente, señor.

—Tú, que me conoces muy bien, quiero decir, que guardas memoria de mis hechos en tus circuitos, porque son los del viejo Jiggs, ¿no tienes alguna idea de dónde pueda estar esa maravillosa piedra?

Vyra se quedó pensativa unos segundos. Luego dijo:

—En estos momentos, estaba acordándome de una historia escrita por un tal Edgar Allan Poe, allá por el siglo XIX, es decir, hace unos cuatrocientos años. Se trataba de una carta robada, que debía ser recuperada a cualquier precio. La casa del ladrón fue registrada a fondo, de tal modo, que sólo faltó demolerla, pero los que buscaban la carta no consiguieron encontrarla. ¿Sabe el señor por qué fracasaron?

Bord sonrió.

—Conozco la historia. La carta no estuvo escondida nunca; siempre había quedado a la vista de todo el mundo, pero, precisamente por eso mismo, nadie reparó en ella —dijo.

—Exactamente, señor. Y por dicha razón, pienso que el diamante puede estar en un sitio tan visible, que nadie repare en él. Sólo la inteligencia y la astucia del señor podrán dar con el diamante —concluyó el robot.

—Vyra, eres inapreciable —sonrió Bord—. Me gustaría que fueras humano.

El robot se atusó los cabellos, con gesto típicamente femenino.

—Sin duda, trataría de conquistarme —dijo.

—No. Te subiría el sueldo. Anda a preparar el almuerzo, ¿quieres?

—Sí, señor.

El videófono sonó minutos más tarde.

Era Sypphun.

—He recibido su..., «mensaje», Bord.

—Era la adecuada devolución del suyo —contestó el joven, impasible.

—Sólo pretendía que lo tomase como una advertencia.

—Sypphar, pasé hace muchos años la edad de la lactancia. ¿Sigue en pie su invitación?

—¡Pues claro! Ahora, más que nunca, siento una invencible curiosidad por saber si es capaz de encontrar esa joya.

—Suponiendo que esté en Aquileia.

—Está en Aquileia.

—De todas maneras, deberá tener en cuenta una cosa.

—¿Sí, amigo Bord?

—Si encuentro el diamante, le acusaré formalmente de robo y podré pedir una patrulla de Policía para que lo detengan.

—Es una de las reglas del juego —rió Sypphun—. Pero no lo encontrará. Adiós.

—Hasta el día de la fiesta.

Bord se pellizcó el labio inferior. Sypphun era muy astuto. Seguramente, tomaría sus precauciones para evitar que recuperase la joya. Lógicamente, no cabía esperar juego limpio de quien había intentado asesinarle no hacía muchos minutos.

Se preguntó no qué as, sino cuántos ases guardaba Sypphun en su manga. Pero él tenía uno que podía resolver la partida de modo fulminante. Sin embargo, debía prepararlo todo bien, para no fallar en el último segundo.

* * *

Morwenna D'Hrun apareció espectacularmente ataviada con un traje negro, adornado con infinidad de lentejuelas. El traje, en realidad, no merecía el nombre.

Consistía en dos trozos triangulares de tejido, que iban del cuello a la cintura y que cubrían escasamente los vértices de los senos. De la cintura para abajo, había una pieza rectangular del mismo tejido, de unos veinte centímetros de ancho, lo que dejaba las piernas completamente al descubierto. La espalda quedaba desnuda y, también a partir de la cintura, otro trozo de tela análogo al delantero constituía la parte posterior del vestido.

El pelo era una pirámide de negros cabellos, sujetos con hilos de perlas. Paradójicamente, apenas si se la veía maquillada. Pero Bord se dijo que no había visto nunca un atavío tan espectacular.

—Te gusto, me parece —dijo ella, al ver la expresión de sorpresa de su acompañante.

—Bueno, me siento un poco asombrado, debo admitirlo… —Bord sonrió—. Estás realmente atractiva, aunque no sé si llamar vestido a lo que apenas si cumple su función.

—Oh, he visto trajes con menos tela todavía —contestó ella, displicente.

—Sí, el que se usa cuando uno se mete en la bañera. Pero no perdamos tiempo; es hora de ir a la fiesta.

Morwenna había acudido al apartamento del investigador. Vyra la había atendido y abrió la puerta para que salieran.

—Deseo que se diviertan los señores —dijo el robot.

—Gracias —repuso Bord.

—Tienes un robot muy bien educado —manifestó la joven—. ¿No te perturba su continua presencia en casa? Porque es suficiente…, y muy hermosa.

—Las máquinas jamás me han perturbado en ciertos aspectos —aseguró el investigador.

Subieron al helicóptero. Una hora más tarde, avistaron en la noche el fulgor del castillo de Aquileia, radiante como una gema de incalculables dimensiones.

—Es hermoso de veras —dijo Morwenna.

—No lo dudo, pero, a la larga, resultaría fatigoso.

Prefiero una sencilla casa de campo, con hierba y unos cuantos árboles alrededor.

—Todo es cuestión de gustos —sonrió ella.

El helicóptero se posó en la explanada destinada a recibir los aparatos de los invitados. Había unos cuantos robots controladores, que atendían cuidadosa y eficientemente a los huéspedes de Sypphun. Al saltar al suelo, situado a mil metros sobre el valle, Bord no pudo por menos que sentirse pasmado al contemplar de cerca la fantástica construcción, iluminada por infinidad de focos, que le conferían un aspecto de castillo de cuento de hadas.

En la colosal plataforma que sustentaba el castillo había un hermoso parque, con estanques y surtidores. Un robot les acompañó hasta la entrada principal, en donde aguardaba un mayordomo humano.

—Bertin Bord y la señorita D'Hrun —dijo el investigador, a la vez que alargaba su tarjeta de invitación.

El mayordomo cogió la tarjeta y la insertó en la ranura de una verificadora. Comprobada la autenticidad de la invitación, sonrió y dijo:

—Bien venidos a Aquileia, señores. Tengan la bondad de

seguirme, por favor.

Bord y la muchacha caminaron detrás del imponente mayordomo. Atravesaron un espacioso vestíbulo, subieron una gran escalinata y llegaron a una enorme arcada de piedra, cuya puerta se abrió por sí sola antes de llegar a ella.

Entonces, el mayordomo, con voz campanuda, anunció:

—La señorita D'Hrun. El señor Bord.

Había ya numerosos invitados en la gigantesca sala, la mayoría de los cuales se volvieron para contemplar a los recién llegados. Bord tenía una fama merecida y su nombre era muy popular, aunque no solía prodigarse en fiestas y reuniones. Precisamente por ello, la curiosidad de los invitados resultó más excitada ante la llegada del célebre investigador.

Pero Bord no se fijó de momento en ninguno de los invitados. Ni siquiera pareció reparar en el anfitrión, que avanzaba hacia ellos con la sonrisa en los labios.

Toda su atención se había centrado en el indescriptible espectáculo del salón en donde iba a celebrarse la fiesta. Jamás había visto nada semejante.

CAPÍTULO XI

El salón no medía menos de cien metros de ancho y la altura de su bóveda superaba holgadamente los veinte. Amplios ventanales proporcionaban una hermosa vista sobre el valle en las horas diurnas. El suelo estaba hecho de grandes losas de vidrio opaco, de vivos colores. Seis altísimas columnas sostenían la bóveda.

Las columnas, debido a su altura, parecían hilos de cristal. Eran de vidrio purísimo, absolutamente transparente, de sección hexagonal y despedían vivísimos destellos al ser heridas por la luz de las numerosas lámparas que había en los muros. Bord pensó que las seis columnas, situadas casi en el centro de la sala, eran un acierto del decorador.

Las columnas hexagonales formaban, a su vez, un hexágono regular, cuyos lados medían dos metros. En el suelo, sobre el centro del hexágono, se veía una fuente de luz líquida, que brotaba en surtidor constantemente cambiante de tonalidades cromáticas, nada violentas. Valía la pena haber asistido a la fiesta, aunque sólo fuese para contemplar aquel maravilloso espectáculo, se dijo Bord.

El atavío del anfitrión no era menos espectacular. Consistía en una gran túnica, de tejido de oro, con orla de piedras preciosas, sobre tela roja. En torno a la frente, llevaba una ancha cinta del mismo color.

Sypphun sonrió al acercarse a la pareja.

—Puede que esta noche sea la más grande de mi vida —dijo, a la vez que hacía una profunda inclinación—. Señorita D'Hrun, bien venida a mi castillo. Decir humilde morada sería pedantería. Aquileia no tiene nada de humilde. Prefiero ser sincero.

—No me cabe la menor duda —contestó Morwenna—. ¿Sería sincero también si le pregunto dónde tiene el diamante que me

robó?

Sypphun soltó una risa de tonos bajos.

—A veces es preciso ser un poco mentiroso —contestó—. Sin embargo, tiene al lado a una persona que quizá pueda recobrarlo. Bord, amigo mío, ¿se siente capaz de encontrar lo que busca? Recuerde: puede recorrer Aquileia de los cimientos a la punta de la torre más alta. Nadie le formulará la menor objeción.

—Estoy aquí para eso, Sypphar —dijo el joven gravemente.

Sypphun hizo un ademán.

—Entonces, empiece cuando guste...

Un robot sirviente, con figura de mujer, pasaba en aquel momento con una bandeja. Sypphun tomó dos copas y las puso en manos de los recién llegados.

—Brinden por el éxito de la fiesta —recomendó jovialmente.

—Habrá éxito si recobro la joya —dijo Bord.

El anfitrión volvió a reír. Luego se disculpó y salió al encuentro de otra pareja de invitados, que acababa de hacer acto de presencia en la sala.

Un hombre se acercó a Bord en aquel instante.

—Bertin, amigo, ¿cómo te encuentras? —dijo Durmo—. Oye, ¿de dónde has sacado a esta preciosidad?

—Alonso, te presento a Morwenna D'Hrun —contestó el joven—. Morwenna, éste es Alonso Durmo, uno de los siete cerebros de la «Sibra».

—Encantada —dijo la joven.

Isabel Durmo se aproximó también. Su esposo agarró a Morwenna por un brazo y se la llevó.

—Venga conmigo, muchacha; quiero enseñarle el valle a la luz de la luna —dijo alegremente.

Bord e Isabel quedaron frente a frente.

—No te sientes celosa —murmuró él, mirándola por encima de su copa.

—¿Quién sentiría celos de un robot?

—Tienes razón —convino él—. Isabel, voy a darte una noticia. Procura mantenerte serena. No alteres tu expresión.

Ella se puso rígida, aunque continuó sonriendo.

—Alonso ha muerto —dijo.

—Todo lo contrario. Está vivo.

—¡Bertin!

—Modérate —gruñó él.

—Lo siento. ¿Has hablado...?

—Sí. Está bien, repito, pero, por ahora, prefiero callar dónde está.

—¿Por qué, Bertin?

—Yo estoy aquí para buscar una joya robada. Sypphun ignora que yo sé dónde están los siete directivos de la «Sibra». Es más, los cree muertos.

—Una ventaja a tu favor, ¿no?

—A nuestro favor —sonrió él.

—Debieras habérmelo dicho antes —se quejó Isabel.

—No estaba seguro de que Sypphun no interviniese nuestra conversación, de un modo u otro. Y me interesaba que siguiese en su ignorancia sobre este tema.

—Comprendo.

El falso Durmo regresaba en aquel momento, con Morwenna.

—Ve con tu «esposo» —aconsejó Bord—. Y compórtate como una esposa ligeramente celosa de las atenciones que tu marido presta a otras mujeres.

—Descuida, Bertin.

Los Durmo se reunieron y se alejaron. Bord y Morwenna volvieron a quedar a solas.

—¿*Y* bien? —dijo ella—. ¿Has descubierto ya dónde está el diamante?

—No.

—¿Piensas recorrer el castillo?

—Uno de mis planes consiste en desaparecer, cuando la fiesta esté más animada, e iniciar el registro. Pero dudo de que la idea sea acertada.

—¿Por qué?

—Ese diamante tiene que estar en un sitio tan visible, que nadie puede imaginarse que pueda alcanzarlo sólo con alargar la mano. Y, sin embargo, no se me ocurre ninguna idea al respecto.

—Piensa en la carta —sonrió Morwenna.

Bord alzó las cejas.

—¿Quién demonios te ha dicho...?

—Estuve hablando con Vyra.

—¡Robot chismoso! Se le han pegado algunas de las costumbres típicamente femeninas. En cuanto llegue a casa, lo voy a desconectar para una semana.

Morwenna se echó a reír.

—Puedes castigarle, haciéndole que escriba cien veces: «No repetiré secretos de mi amo», por ejemplo…

—Eso no tiene gracia —refunfuñó Bord.

—No te pongas así. A fin de cuentas, ambos buscamos lo mismo, me parece.

Morwenna dio una vuelta completa sobre sí misma.

—El diamante está a la vista, pero…, ¿dónde?

Sypphun se acercó a ellos en aquel instante, portador de sendas copas.

Eran unos recipientes muy grandes, llenos de un líquido transparente y aromático.

—A lo mejor está aquí dentro —rió—. Un diamante no se vería en el interior de un líquido tan transparente como el agua.

Sypphun se alejó. Bord contempló el contenido de su copa

—No bebas —dijo.

—¿Por qué? —preguntó Morwenna.

—Drona Mirr murió por tomar una dosis de H.A.D. Quizá este licor tiene también ese maldito ácido.

Bord se acercó a un jarrón, en donde había un enorme ramo de flores, y vertió parte del contenido. Las flores se pulverizaron casi instantáneamente.

Morwenna contuvo un gritito. Retrocedió un paso y su espalda chocó contra una de las delgadísimas columnas de vidrio. El broche que sostenía la parte superior de su vestido provocó una suave nota musical al chocar con el cristal.

La nota se expandió por el salón, causando un repentino silencio entre los invitados.

Todas las conversaciones cesaron en el acto. Bord vio a Sypphun, a unos quince pasos de distancia. El sujeto se había puesto muy serio.

Bord quitó la copa que Morwenna sostenía aún en su mano y derramó su contenido en el mismo jarrón. Luego miró a Sypphun y sonrió.

El hombre no sonreía. De súbito, un individuo se acercó a Bord y

le habló amistosamente.

—Amigo Bertin, vamos a tomar una copa —propuso—. En compañía de esta hermosa muchacha que ha venido con usted a la fiesta y que no me ha presentado todavía. Soy Ernest Guildfont, de la «Sibra». Supongo que habrá oído hablar de esa sociedad.

—En efecto, señor Guildfont. Permítame que le presente: Morwenna D'Hrun.

—¿Cómo está, señor? —saludó la joven.

—¿Quiere tomar una copa conmigo, señorita? —invitó Guildfont.

—Los robots no pueden beber —dijo Bord.

Guildfont se puso serio en el acto.

—Está bromeando, Bord.

—No. Afirmo que usted es un robot —exclamó el joven secamente.

El silencio se hizo de nuevo en la sala.

* * *

Guildfont reía, desdeñoso.

—Está bebido —dijo.

Una camarera robot pasaba en aquel instante y le arrebató una copa, que rompió contra una de las columnas de vidrio. Luego, con uno de los fragmentos de cristal, se rasgó la piel del antebrazo.

Una raya roja apareció en el acto.

—Esto es sangre —dijo Guildfont—. ¿Sangran los robots?

Bord no pestañeó. Sypphun acudió corriendo.

—¡A ver, traigan algo para curar al señor Guildfont! —pidió a voz en cuello.

—No hace falta, Sypphun —dijo el interpelado—. Sólo es un rasguño. La sangre se secará muy pronto. Pero de este modo he conseguido persuadir a este descreído investigador de que soy un hombre de carne y hueso.

Bord seguía impasible.

—Señor Guildfont, me convencerá mucho más si me repite lo que me dijo el día veintidós de este mes, a las siete y treinta y dos minutos de la tarde —dijo.

Sypphun frunció el ceño.

—Vamos, Ernest, dígaselo —exclamó.

—¿Por qué? No había visto a este hombre en mi vida, hasta el

día de hoy —contestó Guildfont de mal talante.

Bord sonreía.

—No puede repetirlo, porque lo ignora. Guildfont me dijo que sería capaz de darme toda su fortuna, como agradecimiento por haberle salvado la vida —manifestó.

El hombre soltó una estruendosa carcajada.

—¡Lo ha soñado! —exclamó a voz en cuello—. ¿Cómo podría haberle dicho una cosa semejante, si nunca nos habíamos visto?

—Creo que ha tenido exceso de trabajo en los últimos tiempos —intervino Sypphun, sonriendo—. ¿No le apetece una copa, amigo Bertin?

—No, gracias. Sypphun, voy a demostrarle que estoy en lo cierto. Los siete miembros de la «Sibra», hoy presentes, son robots. Pídales que se acerquen, por favor.

Durmo llegó, impetuoso.

—Bertin, de todas las cosas que he oído, ésta es la más absurda. ¿Quién diablos te ha metido en la cabeza ese disparate?

El joven permaneció callado. Uno tras otro, los restantes miembros de la «Sibra» se congregaron a su alrededor, formando un semicírculo de rostros nada amistosos.

—¡Vamos! —gritó Guildfont—. Suéltelo de una vez—. Agitó su brazo—. He sangrado, ¿no lo recuerda?

—Un truco de cine —contestó el joven sin inmutarse—. Apostaría algo bueno a que los seis restantes robots pueden hacer algo parecido si es necesario. ¡Pero los siete directivos de la «Sibra» son robots y voy a probarlo ahora mismo!

De súbito, metió la mano en su traje y sacó una cajita que estaba provista de un botón rojo en su parte superior. Apoyó el pulgar sobre el botón rojo y movió la mano en semicírculo. ,

¡Y los siete robots, uno tras otro, empezaron a humear instantáneamente!

CAPÍTULO XII

Se oyeron agudos chillidos de pánico entre los invitados. Repentinamente, una mujer echó a correr.

La estampida se produjo casi instantánea, mientras los robots humeantes se desplomaban al suelo. En pocos momentos, el salón quedó completamente vacío, a excepción del anfitrión, Morwenna, Isabel Durmo y Bord.

El joven se acercó a Isabel.

—Vuelve a casa —dijo—. Pronto tendrás a tu marido contigo.

Isabel asintió.

—Gracias, Bertin.

La sala, ahora prácticamente vacía, parecía más enorme que nunca. Bord estudió el rostro de Sypphun, cuyos ojos despedían destellos de furia infinita.

—Debí haber empleado métodos menos sofisticados para eliminarle —dijo Sypphun al cabo.

—Quizá le hubieran salido mejor las cosas. Pero tiene usted un espíritu muy morboso y le gusta disfrutar con los padecimientos de los demás, aunque no los contemple personalmente. Sin embargo, goza pensando en lo que sufrirán sus víctimas. Por eso viven los siete directivos de la «Sibra», porque usted los encerró en la mina para que muriesen de hambre y sed.

—No teman agua ni víveres...

—Está equivocado. Esas reuniones, a veces, duraban muchas horas. Tenían repuestos de víveres, para tomar algunos bocadillos, y de agua para los dos cuartos de baño que hay en el refugio secreto, aparte de la que podían emplear para beber. Supieron racionarse y llegué a tiempo.

—Hay ochocientos metros de escombros en el pozo.

—Pero olvidó la entrada de emergencia abandonada, que está a tres kilómetros de la mina. Por allí llegué yo, justo a tiempo de salvarles la vida. Y Guildfont me dijo lo que su robot no supo repetir.

Bord hizo un gesto con la cabeza.

—La «Sibra» ya es mala de por sí, en manos de siete personas. En poder de un solo hombre, sería el alcaloide de la maldad, sobre todo cuando, como usted, se carece de toda clase de escrúpulos. Aelia, la periodista; Drana, la vidente... Dirían algo de usted, si estuviesen vivas.

—Cuando se quiere alcanzar la cima, sobran los escrúpulos —dijo Sypphun cínicamente.

—Los siete de la «Sibra» dirán que sobra usted —contestó el joven—. Todos sus sueños se han disipado ya.

—Pero, ¿por qué? —aulló Sypphun descompuestamente—. ¿Por qué, en nombre de todos los diablos, ha tenido que entrometerse en este asunto? Sólo le habían encomendado buscar el diamante mental...

—Los Durmo fueron siempre buenos amigos —dijo Bord—. Ella supo muy pronto que su esposo era un robot. Por mucho que se imiten ciertas funciones biológicas, nada puede llegar a reemplazar totalmente al organismo humano. Sobre todo, cuando esas funciones biológicas se comparten con otra persona.

—Me costó años... Años y años trabajando para instruir a los robots...

—El fin justificaba los métodos. Pero ese fin y esos métodos son absolutamente reprobables.

Sypphun inspiró con fuerza.

—¿Cómo lo hizo? —preguntó, señalando a los robots caídos en el suelo.

—Una descarga radiante, a una tensión muy superior a la que activa sus mecanismos. Simplemente, quemé sus circuitos.

—Comprendo. Era algo que no podía fallar —Sypphun se echó a reír—. Me despedirán los de la «Sibra», de acuerdo; pero, ¿qué más podrán hacer? No hay pruebas de que intentase matarles... Y todavía me queda el diamante mental. ¡Será mi auténtica fortuna y podré rehacerme en cualquier planeta donde no me conozcan!

—Sypphun —dijo el joven severamente—, sólo por admitir que

tiene el diamante, podría arrestarle. Pero prefiero encontrarlo por mí mismo.

—Adelante, adelante —invitó Sypphun, con fingido buen humor —. Dije que le permitiría registrar todo el castillo y no pienso volverme atrás. Empiece cuando guste, Bertin.

—Gracias.

De pronto, Bord echó a andar hacia el buffet situado en uno de los lados del enorme salón. Buscó durante unos momentos y acabó eligiendo un enorme cuchillo de trinchar.

Luego regresó al centro, sonriendo. Morwenna contemplaba la escena sin pronunciar una sola palabra.

Bord se acercó a una de las columnas y la rozó con el borde del cuchillo opuesto al filo. Escuchó un instante y pasó a la siguiente.

La cuarta columna emitió una nota absolutamente discordante. Bord miró de soslayo a Sypphun. El sujeto se había puesto pálido.

—«La carta» de Edgar Allan Poe —dijo Bord.

Y, bruscamente, golpeó la columna con el cuchillo.

El vidrio saltó en mil pedazos. La columna se rompió en una extensión de cuatro o cinco metros. El resto quedó intacto, suspendido del techo.

Bord se inclinó. Con la punta del cuchillo hurgó entre los fragmentos de cristal. De pronto, alargó la mano izquierda y levantó un bloque de vidrio purísimo, que centelleaba maravillosamente al reflejar la luz de cientos de lámparas.

—Tenía que estar en el sitio más visible, pero, al mismo tiempo, donde mejor podía pasar inadvertido —añadió Bord, tras unos segundos de absoluto silencio.

Un trozo de vidrio se desprendió de la columna rota y emitió una tintineante nota musical. En el semblante de Sypphun se podían leer el odio y la furia más absolutos".

Súbitamente, lanzó un horrible grito. Al mismo tiempo, metió la mano bajo la túnica.

Una pistola de láser brilló ominosamente. Morwenna lanzó un chillido.

El cañón del arma se puso horizontal. Antes de que se produjera el disparo, más trozos de vidrio cayeron de la columna rota.

Morwenna gritó y saltó a un lado, interponiéndose en el trayecto de la descarga. Su grito resultó bruscamente cortado cuando el láser

chocó contra su pecho.

—¡Maldita! —aulló Sypphun.

La joven se había quedado erguida tras recibir el poderoso impacto de miles de voltios. Humeaba.

Sypphun abrió la boca.

—Es un robot —dijo.

Bord no se sentía menos estupefacto. Pero reaccionó, cuando su adversario daba ya un paso lateral, para buscar una nueva línea de tiro.

Bord tenía un arma en la mano: el cuchillo de trinchar. El acero voló como un relámpago de plata, impulsado por los potentes músculos del investigador, enterrándose hasta el mango en el pecho del sujeto.

Sypphun soltó la pistola y se agarró al mango con ambas manos, mientras las rodillas se le doblaban. Al tocar el suelo, cayeron más trozos de vidrio de la columna rota.

Otra columna empezó a vibrar, con sonidos cada vez más agudos, hasta romperse súbitamente en millares de fragmentos. El suelo se estremeció y se inclinó ligeramente.

Entonces, Bord, atónito, vio una sonrisa en los ensangrentados labios de su adversario.

—Mi obra..., perecerá..., conmigo... —jadeó Sypphun.

La tercera columna se rompió estridentemente. El suelo escoró todavía más.

—Esas columnas..., sostienen..., el castillo... Son los conductores de..., energía...

Bord no quiso seguir escuchando. El robot que había sido Morwenna yacía inmóvil en el suelo, despidiendo todavía columnitas de humo. Corrió velozmente, mientras oía aterradores crujidos a sus espaldas y el suelo continuaba inclinándose amenazadoramente.

Atravesó el vestíbulo en media docena de zancadas y llegó al exterior. En el mismo instante, vio que su helicóptero, desequilibrado, rodaba por la plataforma, cuya inclinación estaba ya muy próxima a los 45 grados.

De pronto perdió el equilibrio y empezó a rodar también. Pudo agarrarse a un arbusto ornamental, pero las raíces cedieron y siguió dando vueltas.

Una torre se derrumbó con enorme estruendo, haciendo crujir toda la plataforma, que retembló amenazadoramente. Bord se consideró perdido.

El suelo del valle estaba a mil metros de distancia y no tema cinturón propulsor. Su helicóptero, dando vueltas, pasó por delante de él y se precipitó en el abismo.

Súbitamente, alguien descendió de las alturas, con los brazos extendidos.

—¡Bertin!

—¡Vyra! —gritó él.

El robot llegó hasta Bord, lo agarró por las muñecas y se elevó raudamente hacia lo alto. Era ya tiempo.

Aquileia se inclinó totalmente y descendió, todavía esplendente de luz, hacia el valle, esparciendo enormes fragmentos de su estructura en aquella pavorosa caída. Luego se produjo el impacto final, con un deslumbrante relámpago, que disipó la oscuridad en muchos kilómetros a la redonda.

Y luego volvió la noche y el valle quedó sumido en tinieblas.

* * *

—Están libres —dijo Bord aquella misma noche—. Ya pueden volver a sus casas.

—Bertin, usted puso una segunda condición para nuestra libertad —le recordó Guildfont—. Pero no la expresó entonces... ,

—Pórtense mejor. Traten de borrar la mala fama de la «Sibra». Es una empresa necesaria, pero no la hagan odiosa, hasta el punto de que las cosas resulten mejor sin ella.

Guildfont asintió.

—Lo haremos —prometió.

Durmo palmeó el hombro del investigador.

—Ven a comer con nosotros un día —rogó—. Tenemos que hablar mucho.

Bord asintió.

—Iré —prometió.

Vyra le sirvió café a su llegada.

—Todo bien, supongo —dijo.

—Menos una cosa —sonrió él—. ¿Eres Vyra o Morwenna?

—La segunda. Ahora tendré que teñirme el pelo de nuevo y recuperar mi rostro —contestó ella.

—Tenías miedo de Sypphun.

—Sospecho que mató a mi padre, aunque no podría probarlo. Por puro egoísmo, no quería correr su misma suerte.

—Y compraste un robot...

—Sí. Le di mi aspecto... ¿Cómo te gusto más, Bertin?

Bord avanzó hacia ella y puso sus manos sobre los brazos de la joven.

—De carne y hueso —respondió.

Morwenna sonreía.

—Sypphun se tragó el anzuelo —dijo—. Nunca se imaginó que mi papel fuese desempeñado por un robot. En cierto modo, era como el que tiene un revólver y no se imagina que su adversario también pueda tener otro.

—Sí, fuiste muy astuta. Incluso me ganaste en la adivinación del problema más importante.

—Suele decirse que por la boca muere el pez. Si Sypphun no se hubiese mostrado tan propicio a dejarte recorrer Aquileia, yo no habría recordado aquella historia.

—Resultó cierto. Estaba en el lugar más visible.

Bord buscó la boca de la joven. Morwenna puso una mano delante.

—Espera —dijo—. Esto tiene un precio.

Se separó de él, fue hacia el videófono y marcó una cifra. A los pocos segundos, apareció un rostro en la pantalla:

—Soy el juez de matrimonios Paul Ferson —dijo el hombre—. ¿Quiénes desean casarse?

—Morwenna D'Hrun con Bertin Bord —contestó ella.

—Muy bien. Dense las manos. Gracias. Ya son marido y mujer. La ceremonia ha quedado debidamente registrada. La tarifa será añadida a la cuenta del videófono. Felicidades.

Bord emitió un resoplido.

—¡Vaya una manera de casarse! —exclamó.

Morwenna se echó a reír.

—Hay un número para divorcios...

—¡No! —gritó él—. Vamos, a cumplir con tu deber de esposa.

—Con mucho gusto —respondió la joven.

Por la mañana, al despertar, Bord recordó algo.

—Pobre Jiggs... Se quemaron sus circuitos...

Morwenna, todavía en brazos de su esposo, remoloneó y dijo algo entre dientes. De pronto, sonó una voz en la puerta del dormitorio:

—Buenos días, señor. Buenos días, señora. ¿Preparo el desayuno para los señores? Ah, ante todo, felicidades por su matrimonio...

—¡Jiggs! —gritó el joven.

—¿Cómo está el señor? —contestó el robot.

—Pero ¿de dónde diablos sales?

Morwenna bostezó.

—Estaba en mi casa, hombre. ¿Cómo podías pensar que iba a suplantarte a un robot tan fiel?

—Pero se fue sin mi permiso...

—Tengo el permiso del señor para actuar siempre en beneficio del señor —dijo el impasible hombre mecánico—. Y me pareció que...

—Basta, no sigas, Jiggs. Prepara el desayuno, ¿quieres?

Jiggs se inclinó.

—Como ordene el señor.

Bord se volvió y abrazó a la joven.

—Eres..., no sé qué decirte...

Ella le besó ardientemente.

—No digas nada y actúa —pidió.

Bord asintió. De súbito, se abrió la puerta.

—Jiggs, condenado, no molestes ahora... —gruñó el joven.

—Perdone el señor, pero hay un humano que pregunta por el «Caballero de las Estrellas» —manifestó el robot—. Se llama Ardvus Ardvunni y procede de Kalazar VIII. Viene en representación de la princesa Maura, secuestrada por su primer ministro... El señor Ardvunni desea contratar los servicios del señor, para rescatar a la princesa...

—Jiggs, ¿es joven? ¿Es bonita? —preguntó Morwenna.

—Si yo fuese un humano, pondría los ojos en blanco, señora —contestó el robot.

Morwenna dio un codazo a su esposo.

—Iremos juntos —dijo.

—Pero nunca lo hice...

—Alguna vez tiene que ser la primera. Y, como comprenderás, no voy a permitir que Maura te conquiste... ¡Jiggs!

—¿Señora?

—Dígale al visitante que en seguida le atenderemos.

—Bien, señora.

—Cuestión de un cuarto de hora. Sírvale el desayuno entretanto.

—Sí, señora.

Volvieron a quedarse solos. Morwenna tiró del joven hacia sí.

—Continúa, cariño —sonrió.

Bord sonrió también.

—¿Te llamarán la «Dama de las Estrellas» a partir de ahora? —preguntó.

—¿Tiene eso alguna importancia, querido?

Bord suspiró y la abrazó apasionadamente.

—No, ninguna —contestó, mientras buscaba sus labios.

FIN

3 COLECCIONES APASIONANTES



DIFERENTE

Todo lo que busca
en otras colecciones,
sin encontrarlo

Precio 100 ptas.



SEXY FLASH
SEXY STAR

Dos modernas
selecciones de relatos
erótico-sentimentales,
escritos por los más
expertos autores
del género

Precio en España 40 ptas.

PIDA EJEMPLARES A

EDICIONES CERES, S. A.
Apartado de Correos, 9.142 Barcelona

PRECIO EN ESPAÑA 35 PTAS.

Impreso en España